GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

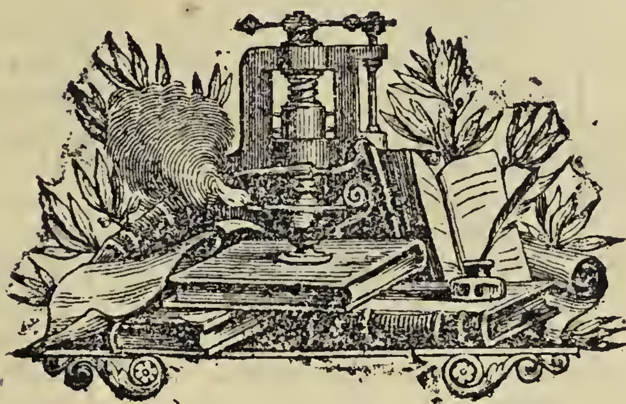
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª par
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª par
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragor
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde ma
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor
Empeños de una vengan
¡Es un bandido!

LA PARTE DEL DIABLO.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por

Don Juan del Peral.

Representada en esta Corte.

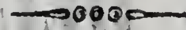


MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Febrero de 1844.

PERSONAGES.



EL DUQUE DE FERRARA.
LA DUQUESA, *su esposa.*
LUDOVICO BROSCHI.
PIETRO BRAMBINI.
CARLOS.
MARÍA, *su hermana.*
EL INQUISIDOR MAYOR.
DOS UGIERES.

La escena es en Italia.



Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 *de Mayo de* 1837, *y la de* 16 *de Abril de* 1839, *relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*

ADVERTENCIA.

Esta produccion es una ópera-cómica del fecundo Scribe. *Cuando pensé arreglarla á la escena española tropecé con un defecto de gran bulto, considerada literariamente la obra, y consiste en girar su argumento sobre una creencia de todo punto inverosimil.* Scribe *debió imaginar que era insignificante esta falta, tratándose de una composicion en que lo principal es la música; y á mí me ha parecido que las gracias y chistes de que aquel gran autor salpica sus comedias, bastan para hacerlas entretenidas, echando en olvido por el momomento otras reglas mas severas del arte; y solo una obra* entretenida *es lo que ha sido mi intencion que resulte en castellano* La parte del Diablo.

El Traductor.

714742

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lapartedeldiablo00scri

Acto primero.

Bosque frondoso. A la derecha del espectador, un convento. En medio del teatro una gran encina, y al pie de ella un banco de piedra. A la izquierda una posada.

ESCENA PRIMERA.

LUDOVICO *y* PIETRO, *que salen hablando.*

Ludovico. Con que acabas de ver á mi ilustre tio el marques del Castillo?

Pietro. Sí, querido discípulo.

Ludovico. Estará furioso?

Pietro. Y no solo contra vos... tambien contra mí, á quien culpa de haberos inspirado tales ideas. Por mas que yo le juraba y perjuraba que al cabo de diez años que hace os confió á mi cuidado, no os he enseñado nada... absolutamente nada... (*Ludovico hace una seña afirmativa.*) es decir, de lo que él presume... que habeis salido de mis manos á los 18, tímido como una paloma... inocente como un corderito...

Ludovico. Verdad es.

Pietro. "Y entonces (me decia) por qué ha cobrado tal odio á la vida monástica, á la cual le habia yo destinado...? Por qué gasta en trages y aderezos femeninos los seiscientos ducados que le señalé de renta? Por qué contrae deudas..." Entonces, con el profundo respeto que debo á la noble casa del marques, le juré que se equivocaba.

Ludovico. Ay, amigo, pues has jurado en falso.

Pietro. Pues qué, no teneis dinero?

Ludovico. Ni blanca siquiera.

Pietro. Y deudas...?

Ludovico. Oh...! sí... esas con abundancia.

Pietro. Y dormís tranquilo...?

Ludovico. Toma... no duermen mis acreedores...

Pietro. Lanzado ya en la senda del libertinage...

Ludovico. Dios me libre.

Pietro. El juego sin duda...

Ludovico. Te equivocas. Desde que te separaste de mí hace tres meses, todo el tiempo le he pasado estudiando teología.

Pietro. Eso es bueno.

Ludovico. No es sino muy malo. Tan pesado estudio es fastidioso: cogia mi libro, y con él en la mano, levantaba la vista al cielo... pero antes de llegar al cielo, y frente por frente de mis ventanas, estaba el obrador de unas costureras... una sobre todo.

Pietro. (*Santiguándose.*) Jesus, María y José. Enamorado, y de una modista!

Ludovico. Qué admiracion...! Si fuera de un sastre... Costurera... y dije mal... es un angel... un angel divino... que cose y que plancha... Caramba! es tan bonita...! y como yo solo estaba acostumbrado á ver tu cara...

Pietro. Y esa muger es la causa de todas vuestras locuras?

Ludovico. Para introducirse cerca de ella no habia otro medio que mandarla hacer vestidos... medio, en verdad, bastante caro.

Pietro. Y bien?

Ludovico. Se los mandaba hacer todos los dias; y cuando se concluyó el dinero que me pasaba mi tio, tomé prestado para faldas y jubones... y cuando ya nadie me queria fiar, vendí toda la ciencia, bajo la forma de libros de teología.

Pietro. (*Cada vez mas admirado.*) Y qué habeis hecho de tantos vestidos?

Ludovico. Estan en casa; es decir, en la que he dejado... el ama se ha quedado con ellos en prenda de lo que la debia: ahora me he mudado, porque el adorado objeto de mi pasion ha desaparecido, y no he vuelto á saber de ella.

Pietro. Y qué pensábais hacer?

Ludovico. No lo he pensado. Por el pronto dejar los estudios... ya sé mucho... ya soy bastante sabio. Quiero ceñir espada, hacer carrera, y casarme algun dia con la que amo.

Pietro. (*Siempre aturdido.*) Pero vuestro tio os desheredará... ahora que está el pobre tan achacoso...

Ludovico. Es decir que he perdido amada, tio, dinero, todo: que estoy sin familia, sin un cuarto... sin nada en el mundo... Entonces solo me queda un partido que tomar.

Pietro. Cuál es?

Ludovico. (*Mirando al rededor.*) Mis razones tenia yo para venir á este sitio... No le reconoces?

Pietro. Sí tal: es el bosque donde se halla situado el convento de Carmelitas, á dos leguas escasas de Ferrara; y esa la posada de las Armas Reales, donde descansan los príncipes de la sangre siempre que vienen de caza.

Ludovico. Y esa encina que cuenta lo menos trescientos años de existencia...

Pietro. (*Sonriendo.*) Llamada vulgarmente el *arbol de las brujas.*

Ludovico. Justamente. Y en los libros de devocion, en que yo creo á pies juntillas, recuerdo haber leido que si edificaron aqui el santo monasterio, fue para alejar de este bosque los espíritus malignos que todas las noches tenian en él sus conciliábulos.

Pietro. De todo cuanto le he enseñado, esto es lo único que conserva en la memoria.

Ludovico. Y á pesar de eso, volvian dos ó tres veces al año, particularmente por Navidad y San Juan. Entonces en situándose á las diez de la noche bajo la encina, y llamando tres veces "Asmodeo..." Tú me lo has dicho.

Pietro. Es posible. Eso es lo que por tradicion se cree en el pueblo; pero siento que vuestra imaginacion se exalte con tal idea: ya os he visto otras veces medio loco al hablar de lo mismo.

Ludovico. Asi es: desde esta mañana siento arder mi cabeza, y latir el corazon tan violentamente...! porque hoy es San Juan, y si no me queda otra esperanza, me dije á mí mismo, á las diez debajo del arbol, llamo tres veces á Asmodeo...

Pietro. Que no os responderá.

Ludovico. (*Encolerizado.*) Impío... Luego tú no crees en la existencia del diablo?

Pietro. (*Con intencion.*) Sí tal... demasiado.

Ludovico. Entonces vendrá, y nos entenderemos.

Pietro. (*Designando con la accion que Ludovico debe estar medio loco.*) Y no fuera mejor antes de dar ese paso tentar otros medios...

Ludovico. Indícamelos.

Pietro. No valiera mas buscar otro protector que no tuviera que venir de tan lejos? Mirad: nuestro buen soberano, el duque de Ferrara, está gravemente enfermo: padece una melancolía tan profunda, que frecuentemente degenera en locura.

Ludovico. Y qué?

Pietro. Sus achaques se han redoblado con un acontecimiento que yo sé mejor que nadie. El duque cree haber causado la muerte de una interesante jóven, y se figura que la sombra de su víctima le persigue por do quier. Esta circunstancia es la causa primordial de la privanza que goza el inquisidor mayor, y yo soy el hombre en quien el inquisidor deposita su confianza. Le he prestado grandes servicios, que me ha ofrecido recompensar asi que logremos echar del reino á la augusta esposa del duque; y me parece que no me negará su proteccion para mi discípulo.

Ludovico. Lo crees asi?

Pietro. Estoy seguro. La familia real anda de caza por estos contornos: aqui les cogerá la noche como otras veces, y descansarán un breve rato; venid á suscribir vuestra demanda, y el inquisidor mayor se la entregará al gran duque. Ea, seguidme.

Ludovico. Pero adónde?

Pietro. A la posada de las Armas Reales: alli entrarán quizá. Una vez que estais decidido á entregaros al diablo...

Ludovico. Tienes razon: á él ó al gran inquisidor... Casi es lo mismo.

Pietro. Vamos?

Ludovico. Vamos. (*Vanse por la derecha.*)

ESCENA II.

CARLOS *solo.*

(*Asi que se van, queda desierto el teatro por algunos instantes: en seguida Carlos separa las ramas de la encina, en la cual está oculto.*)

Original es el diálogo que ha llegado á mis oidos! Me habia subido, huyendo los rayos del sol, á las frondosas ramas de este copudo arbol; y ya el sueño iba cerrando mis párpados, cuando oí la voz de ese jóven. (*Se baja.*) Pobrecillo! Sin amigos... sin parientes... sin apoyo... Ah...! Comprendo su desgracia, porque su suerte es la mia. Pero no: yo soy mas dichoso, pues tengo una hermana con quien compartir mis penas, y los pesares compartidos entre dos, casi forman la felicidad... porque se halla consuelo.

ESCENA III.

CARLOS. MARÍA.

Carlos. Ah...! Eres tú, hermana mia!

Maria. (*Queriendo abrazarle.*) Sí, mi querido Carlos.

Carlos. (*Conteniéndola.*) Poco á poco. Qué significa esa carta que me has enviado, y por qué ese empeño de abandonar la corte de Ferrara?

Maria. Empiezas por regañarme?

Carlos. No te riño... pero, qué quieres que haga de tí? Acaso puede un pobre músico, como yo soy, cogerte del brazo é ir con una muchacha bonita, de diez y seis años, á tocar el órgano á los conventos de frailes adonde le llamen...? Vamos, cuéntame por qué has abandonado la casa donde te colocó la señora abadesa.

Maria. La de la señora Casilda... una primorosa costurera.

Carlos. (*Vivamente.*) Dios mio! Alli iba continuamente un jóven que tenia sus ventanas enfrente de las vuestras?

Maria. (*Admirada.*) Quién te lo ha dicho?

Carlos. Un estudiante en teología.

Maria. Y un parroquiano famoso. Todos los dias estaba mandando hacer nuevos vestidos y mantellinas.

Carlos. (*Aparte.*) El mismo es.

Maria. Yo cuidaba de que no le llevasen muy caro, porque él nunca regateaba. Tan tímido, tan modesto... Yo le agradaba... al momento lo conocí... Siempre conocemos esto al momento las mugeres.

Carlos. Y tú has permitido...?

Maria. (*Inocentemente.*) Nada, hermano mio. Yo conocí que me amaba... pero cómo impedírselo. Jamas le dí oidos... verdad es que él tampoco me habló jamas una palabra.

Carlos. De ese modo ni él sabe tu nombre, ni quién eres?

Maria. No lo creo al menos. Yo estaba muy tranquila en mi ventana...

Carlos. (*Incomodado.*) A la ventana...?

Maria. Tranquilízate, porque mi ventana caía al otro lado, á los jardines del palacio ducal, á cuyos árboles debiamos sombra y frescura. Alli trabajaba con mis compañeras, cantando esa cancion napolitana que tú me has enseñado, cuando una tarde, cerca de anochecer, sentí que me aplaudian: miro, y eran dos caballeros embozados, á quienes habia visto pasear nuestra calle hacia algun tiempo.

Carlos. Él sin duda.

Maria. Oh, no tal. Bien le hubiese yo reconocido. Se alejaron rápidamente, y al otro dia se presenta en el obrador un caballero anciano y de continente respetable, diciendo que una señora, que conocia mi habilidad, deseaba tener un trage de corte hecho por mí.

Carlos. Prosigue.

Maria. Añadió que la señora estaba indispuesta, y que era necesario pasar á su casa á tomarla medida. Su coche estaba á la puerta. Nuestra maestra fue la primera á ordenarme que fuese, y partí con el caballero anciano. Anduvimos mas de una hora, y ya me alarmó la tardanza: á los pocos minutos conocí que el carruaje no rodaba sobre empedrado. Al verme en el camino real, me dirigí al caballero, el cual me respondió que la señora vivia en una casa de campo, pero que nada temiese, pues aquella misma noche me volverian á Ferra-

ra. Qué podia hacer...? Mis gritos y mis tentativas habrian sido infructuosas. Fingi dar crédito á sus palabras y tranquilizarme. Ya de noche llegamos á una quinta, y en una suntuosa habitacion me recibió un caballero, diciéndome que no podria ver á la señora hasta la mañana siguiente. "Aqui pasareis la noche añadió, y nada teneis que temer: dentro de algunas horas os servirán la cena. Ahora me retiro." Se fue, y me dejó encerrada.

Carlos. Y qué hiciste?

Maria. No desmayé por eso, pensando en tí y en mi madre. Asi que estuve sola, abrí una ventana, que afortunadamente no estaba muy alta; caía á un jardin, y bajé con la ayuda de las sábanas. Pude salir por una brecha abierta en la cerca, y asi que me vi en el campo empecé á caminar á la ventura, hasta que al amanecer me encontré en una posada que dista de aqui una legua, desde donde te he escrito.

Carlos. Dices bien: es peligroso volver á Ferrara. Sin duda la infame á quien yo te confié estaba de acuerdo con los que te robaron.

Maria. Yo sabia que era hoy dia de fiesta...

Carlos. San Juan.

Maria. Y que debias tocar el órgano en este convento.

Carlos. Cabalmente; y despues de la funcion hablaré á la abadesa, que sin duda consentirá en admitirte á trueque de comprometerme yo á tocar de balde todo el año. Aqui estarás perfectamente.

Maria. Pero... y él... hermano mio?

Carlos. (*Con severidad.*) Debes olvidarle... y desechar de tu corazon todo recuerdo.

Maria. (*Con dolor.*) Olvidarle!

Carlos. Es preciso. Yo sé las intenciones de su noble familia, que jamas consentiria en tal enlace.

Maria. Su cuna nos separa... (*Llorando.*) Y yo que le amaba tanto...!

Carlos. Vamos, vamos, María: enjuga esas lágrimas; yo espero que el tiempo calmará ese dolor que ahora crees eterno. Entra en el convento; aqui no estamos bien: yo te iré á buscar despues de la fiesta... y ten siempre una ciega confianza en el hermano que te ama tan apasionadamente. (*La abraza con la mayor ternura, y la acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA IV.

CARLOS *solo.*

Ah...! poco me ha faltado para llorar tambien. (*Enjugándose los ojos.*) Eso es... (*Procurando cobrar ánimo.*) Y entonces quién será aqui el que tenga valor... Yo debo ser... no ella. Lo que por el momento interesa es volver al convento de Gerónimos donde habito, y para el cual me faltan aun tres leguas que andar... Caramba... y como no he tomado nada desde el desayuno, tengo un apetito... Voy á entrar en la posada de las Armas Reales. (*Va á hacerlo, y se detiene.*) Pero no... lo he pensado mejor: los posaderos italianos son los mas ladrones de la tierra: lo menos gastaría un escudo; y ese dinero de menos tendria mi pobre hermana. Que tenga el estómago paciencia estas tres leguas... Mientras tanto consumiré estas frugales provisiones. (*Se sienta en el suelo, y se pone á comer vuelto casi de espaldas hácia el público.*)

ESCENA V.

CARLOS. EL DUQUE. LA DUQUESA. (*Salen por el fondo á la derecha.*)

Duquesa. Apoyaos en mi brazo: algunos paseos por este sombrío bosque conseguirán calmar vuestros sentidos, agitados en demasía.

Duque. (*Suspirando.*) Ay!

Duquesa. La comitiva nos sigue de cerca.

Duque. (*Distraido, y como si estuviese solo.*) Hace un instante que creí ver deslizarse su sombra á través de la arboleda.

Duquesa. (*Admirada.*) Qué sombra, qué fantasma es esa, que asi estravía vuestra razon?

Duque. (*Volviendo en sí.*) Pues qué pude decir...?

Carlos. (*Sin observar lo que pasa entre los interlocutores, se pone á talarcar.*)

Tra... la... la... la... la.
Tra... la... la... la... la.

Duque. Oís...

Duquesa. (*Observando á Carlos, que continúa talareando lo mismo.*) Sí...

Duque. (*Como recordando.*) Esos acentos... Quién se halla en este sitio?

Duquesa. Es un jóven, cuya fisonomía parece dulce y agraciada.

Duque. (*Bruscamente.*) Que se acerque. (*El duque haciendo una seña imperiosa á Carlos.*)

Carlos. (*Aparte.*) Quién será este viejo de tan mala traza, y quién esa señora de aire tan altanero? (*Se acerca.*)

Duque. (*A Carlos.*) Di, quién te ha enseñado esa cancion que estabas talareando?

Carlos. Mi madre, señor.

Duque. (*Con sequedad.*) Qué venga tu madre.

Carlos. (*Suspirando.*) Ay, señor, ha muerto ya... y yo soy huérfano.

Duque. (*Despues de contemplarle un rato le dice con menos aspereza.*) Acércate mas... (*En voz baja.*) Sabes la letra de esa cancion?

Carlos. Sí tal.

Duque. (*Impaciente.*) Pues cántala pronto.

Carlos. (*Sorprendido, aparte.*) Me gusta la franqueza.

Duque. (*Mas dulcemente.*) Cántala... me harás un gran bien en ello. (*La duquesa, á quien Carlos mira, le hace una seña suplicante.*)

Carlos. Vaya, será forzoso complacerles. (*Acompañándose con la bandola, canta las estrofas siguientes.*)

1.ª

No llores, niña hechicera,
y desecha la afliccion;
pues las perlas que derrames
no han de calmar tu dolor.
Si tu pecho apasionado
engañar quiere un traidor;
si en brazos de otra hermosura
se olvida de tu pasion,
muéstrate con él esquiva,
y es tuyo su corazon.

2.ª

Llamándole cariñosa
no ha de atender á tu voz:
mas fingiéndole desdenes
será su empeño mayor.
La que quiera ser amada
con acendrada pasion;
la que rendido á sus plantas
ver quisiere á su amador,
muéstresele desdeñosa
y gana su corazon.

3.ª

Aprendan todas las niñas
en la cátedra de amor,
y no olviden facilmente
tan lisonjera leccion.
Al hombre que causa llanto
y se burla del dolor,
al que disgustan las quejas
de una acendrada pasion,
los desvíos y rigores
cautivan el corazon. (*)

Duque. Qué sentida cancion! La voz de este jóven calma mi espíritu agitado... (*Como delirando.*) me parece oir la de ella.

Duquesa. Cómo os sentís?

Duque. Mucho mejor.

Duquesa. No decís nada al jóven cantor?

Duque. Sí tal... quiero recompensar su condescendencia. (*A Carlos con tono magestuoso.*) Qué me pides?

Carlos. (*Mirándole admirado.*) Qué os pido...? Lo primero... que os quiteis la barba; y lo segundo que os pongais un vestido mejor para acompañar del brazo á tan linda dama.

(*) Esta cancion, que lleva por título *Remedio de amor*, se vende en los almacenes de música de esta corte. En la representacion solo se canta la primera estrofa.

Duque. Qué estás diciendo!

Carlos. Teneis razon: esto es meterme en la renta del escusado.

Duque. (*Mirándose, y sonriéndose.*) No dice mal el muchacho... Vamos, pues tu peticion está concedida: haré lo que me has dicho.

Carlos. Y hareis bien, á fé mia. (*Durante el diálogo han salido algunos cortesanos de la comitiva del duque, y estan separados junto al bastidor y con el sombrero en la mano.*) Quiénes son estos señores tan políticos que se nos quitan el sombrero?

Duque. (*Repara en ellos, y los saluda con la mano.*) Hola, señores. (*A uno de la comitiva.*) Salud, señor inquisidor mayor. No volvemos con vos á Ferrara, porque quiero prolongar la caza hasta muy entrada la noche. Os volvereis solos á palacio.

Inquisidor. (*Adelantándose y admirado.*) Cómo... querreis...

Duque. Sí tal: hace mucho tiempo que no me siento tan bueno como hoy.

Inquisidor. (*Aparte.*) Malo es eso.

Duque. Sin embargo, quiero descansar algunos instantes en esta casa. (*A la Duquesa.*) Venís, señora...?

Duquesa. Entrad, que ya os sigo. (*Entra el duque en la posada, rodeado de los palaciegos.*)

ESCENA VI.

CARLOS. LA DUQUESA.

Duquesa. (*A Carlos, que va á irse.*) Oid dos palabras.

Carlos. Perdonad, señora, pero la noche se acerca, y es larga la distancia que hay hasta el monasterio de Gerónimos, del cual soy organista.

Duquesa. Cuál es tu nombre?

Carlos. Carlos Piateli. Mi madre murió, y yo he quedado al frente de la familia, que se reduce á mí y á mi hermana, á quien pienso establecer honradamente.

Duquesa. Eso es muy bien hecho.

Carlos. Es mi deber, y el deber antes que todo.

Duquesa. Me agrada ese lenguaje: me pareces un buen muchacho, y eres digno de hacer fortuna.

Carlos. Mi madre me lo pronosticó, y espero hacerla.

Duquesa. Y yo te aseguro que no saldrán fallidas tus esperanzas. Escucha. Tú has conseguido lo que nadie pudo lograr en mucho tiempo. Has conseguido con los dulces acentos de tu voz restablecer la calma y la tranquilidad en el ánimo de una persona á quien amo mas que á mi vida. No te separarás de mi lado, y vendrás conmigo á Ferrara.

Carlos. Oh! eso no es posible.

Duquesa. Por qué causa?

Carlos. Porque debo velar por la felicidad de mi hermana... á quien queria seducir un noble caballero, y ya veis que no puedo separarme de ella.

Duquesa. (*Vivamente.*) Y quién es ese caballero?

Carlos. Si yo lo supiese, ya me habria presentado á demandar justicia.

Duquesa. Al gran duque?

Carlos. Al gran duque no, porque todos dicen que está loco, (*Movimiento de la duquesa.*) ó que poco le falta; pero si á la duquesa, que segun la voz pública, es la bondad misma. Ella, sin duda, me hubiera oido...

Duquesa. Ella te oye en este momento.

Carlos. Cómo...! Qué quereis decir?

Duquesa. Que yo soy la duquesa.

Carlos. (*Arrodillándose.*) Ah! Señora... perdon...

Duquesa. Levántate, y silencio con todos sobre lo que aqui ha pasado. Yo me encargo de la educacion de tu hermana María; puedes ir en su busca. Yo voy á reunirme con el duque. Cuando vuelvas, recibirás mis órdenes.

Carlos. Sereis obedecida. (*La besa la mano, y entra en el convento.*)

ESCENA VII.

LA DUQUESA: *le sigue con la vista, y mientras, salen* LUDOVICO, PIETRO *y algunos* CABALLEROS.

Pietro. (*A Ludovico.*) Esa es la duquesa: aprovechad la ocasion, puesto que la hallamos sola. (*Ambos se inclinan respetuosamente.*)

Duquesa. Qué quereis?

Ludovico. (*Con timidez.*) Solicitar una audiencia particular de V. A. (*La duquesa le hace una seña á Pietro*

para que se aleje: este lo verifica, internándose en el bosque; los otros caballeros se retiran al foro.)

Duquesa. Hablad: quién sois? qué me quereis?

Ludovico. Mi nombre es Ludovico Broschi: soy simplemente caballero; quisiera entrar á servir en las filas de los que defienden á V. A.; pero carezco de bienes de fortuna, y á un pobre diablo ni siquiera le es dado comprar el grado de capitan para hacerse matar en servicio del Estado.

Duquesa. Y deseais ser capitan?

Ludovico. Esa es toda mi ambicion, señora. Dignaos pasar la vista por ese memorial, y ahí hallareis la recomendacion de personas poderosas, y del inquisidor mayor particularmente.

Duquesa: (*Irónicamente.*) Con que os recomienda el buen inquisidor?

Ludovico. (*Muy satisfecho.*) Sí señora.

Duquesa. (*Lo mismo. Va anocheciendo.*) Yo bien sabia que el presidente del santo tribunal disponia á su antojo de todos los empleos civiles, pero ignoraba que tambien quisiera entrometerse en los militares. Siendo asi que él os protege, que os conceda él la capitanía, pues no ha de hallar favor conmigo quien le busca entre mis enemigos. (*Rompe el memorial, y se retira.*)

ESCENA VIII.

LUDOVICO *solo.*

(*Empieza una tempestad, y acrece por momentos.*)

He quedado hecho una estátua! Bien estamos, como hay Dios! Y el imbécil de Pietro, que todo lo creía conseguido... Esa torpe decrepitud se abandona harto pronto á la esperanza. Y qué recurso me queda...? Tirarme un pistoletazo... Ah...! tan desgraciado soy que pienso me faltaria la pistola para que no pudiera lograr mi intento. Ni en cielo ni en tierra hay recurso para mí. Si le hubiera en el infierno... Tan desesperado estoy, que me venderia al diablo, si es que al diablo le pudiera yo servir de algo. Pero no hay que chancearse con cosas tan serias... En los libros que Pietro me ha dado siempre se hablaba de estos pactos con el demonio... y de este bosque maleficiado...

Caramba, casi, casi, no las tengo todas conmigo. La soledad... el sitio... y los truenos acrecientan mis temores. (*Despues de una pausa, animándose.*) Qué es eso...? Ahora temblaría yo, que hace un momento estaba resuelto... No señor... ni tiemblo, ni quiero morir... Quiero... quiero... (*Cada vez mas resuelto.*) llamar al averno en mi ayuda, y si el diablo me proporciona riquezas y felicidad en este mundo, qué mas puedo desear? (*Pausa.*) Esta es la encina de que tanto se habla. (*Otra pausa: un reloj da las diez con lúgubres campanadas.*) Las diez: á esa hora dicen que son los conciliábulos... No sé si me atreva... (*Luchando entre el temor y la resolucion, se decide por fin.*) Ea, ánimo pues; ya no es tiempo de vacilar: dicen que es preciso hacer el conjuro llamándole tres veces, dirigiéndose siempre á la encina... (*Se acerca al arbol con timidez.*) Asmodeo... Asmodeo... Asmodeo...

ESCENA IX.

DICHO. CARLOS.

(*Carlos ha salido del convento, y ha escuchado la última parte del monólogo.*)

Carlos. (*Aparte.*) Este hombre debe estar loco.

Ludovico. Hasta el diablo me desprecia y no quiere acudir á mi voz.

Carlos. (*Observando mas de cerca.*) Pero no hay duda: sí, es Ludovico, el que por lo que de su conversacion pude colegir, está enamorado de mi hermana.

Ludovico. (*Desaforado*) Asmodeo... Asmodeo...

Carlos. (*Aparte.*) Pobre hombre! Quiero valerme del estado de exaltacion en que su imaginacion se encuentra. (*Ludovico está pensativo á un lado del teatro: aprovechando este momento, pasa Carlos con precaucion y se oculta detras del arbol.*)

Ludovico. (*Con la mayor resolucion.*) Y bien, puesto que el cielo y el infierno me rechazan, no me queda otro arbitrio. (*Saca una pistola, y al tiempo de amartillarla dice:*

Carlos. Detente.

Ludovico. (*Suspenso.*) Qué oigo! (*Se vuelve hácia la encina, y Carlos aparece oculto entre las ramas, que*

separa con sus manos. Al aparecer brilla un relámpago.)

Carlos. (*Con solemnidad.*) No me has llamado? aqui me tienes. (*Aparte.*) Perdonadme, Dios mio, el medio de que me valgo para salvarle y para salvar á María.

Ludovico. (*Aparte.*) No sé lo que me pasa. (*Despues de una pausa, con resolucion.*) Sí, yo te llamé... y á fé que te has hecho esperar demasiado.

Carlos. (*Que ha bajado del arbol.*) Qué me quieres?

Ludovico. Muchas cosas. La primera dinero.

Carlos. Yo creo que dándote esa, para nada me necesitabas, pues tú podrias por tí solo buscarte todas las otras.

Ludovico. (*Mas sereno.*) Hola, hola... Parece que el diablo la echa de chancero: y es galan como él solo. Ea, bromas aparte, y á ver cómo te apresuras á satisfacer todos mis deseos.

Carlos. Todos los deseos de un molzavete fogoso, enamorado y galan... Harto trabajo es para un diablo solo. Veamos; y qué me das por el trato?

Ludovico. Tú eres quien debes poner el precio.

Carlos. Tu alma.

Ludovico. Eso nunca: yo soy buen cristiano, y aunque entre en tratos con el demonio, jamas será con esa condicion.

Carlos. Pues sino me quieres dar el alma y no tienes dinero, que es la segunda alma del hombre, qué puedes ofrecerme, miserable?

Ludovico. (*Reflexionando.*) El caso es que tiene razon.

Carlos. Y yo, amigo mio, no presto sin interes.

Ludovico. Diablo y usurero... pues no le falta nada. Escucha. Todo cuanto tú me proporciones, lo partiremos á medias. Me parece que no es mal trato. (*Aparte.*) Yendo él interesado en el negocio...

Carlos. No es grande la ganancia, pues para eso podria yo reservármelo todo por entero: sin embargo, acepto, y desde hoy lo partiremos todo entre los dos: está hecho, y dame la mano en fé del contrato.

Ludovico. (*La retira.*) Poco á poco... lo que es la mano... eso...

Carlos. (*Se rie á carcajadas de su timidez.*) Cómo gustes.—Qué es lo primero que quieres?

Ludovico. Quiero ser capitan.

:

Carlos. Eso no puede partirse... No importa, serás capitan. Júrame en cambio no volver á atentar contra tu vida.

Ludovico. Te lo juro.

Carlos. No decir nada á persona alguna del pacto que tenemos hecho.

Ludovico. Pierde cuidado: no soy charlatan.

Carlos. Y sobre todo, procura portarte bien en el ejército y ser hombre honrado.

Ludovico. (*Mirándole admirado.*) Cosa estraña: el demonio exhortándome á la moral; á este sí que puede llamársele el diablo predicador.

Carlos. Ahora separémonos, pues la tempestad redobla. Pronto nos veremos. (*Da dos pasos atrás muy pausadamente, se emboza en su capa negra, y queda cerca de la puerta del convento.*)

Ludovico. A Dios... (*Ap.*) Toma... A Dios le digo á este... Tambien soy yo inocente... Agur... (*Sin mirarle.*) agur, amigo... (*En este instante brilla un gran relámpago. Ludovico se tapa los ojos con las manos, y aprovechando este instante entra Carlos de un salto en el convento. Todo esto ha de ser muy rápido.*)

Ludovico. Huy!! Me ha deslumbrado! (*Volviéndose.*) Ah! Oye... Calla... ha desaparecido.—En fin, él volverá, si es diablo de palabra. (*Se oyen cornetas de caza, y aparecen entre los árboles picadores y criados de S. A. con hachas encendidas.*) Esta es la regia comitiva; quiero ocultarme de su vista y marchar solo por aqui, á pensar mas tranquilamente en las peticiones que debo hacerle á mi nuevo asociado.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa un salon del palacio del duque. Gran puerta en el foro, y cuatro laterales.

ESCENA PRIMERA.

A la izquierda del teatro aparece EL DUQUE *durmiendo en un sillon;* EL INQUISIDOR MAYOR *y* LOS CORTESANOS *estan detras en pie. A la derecha,* LA DUQUESA, *sentada tambien, y rodeada de* LAS DAMAS *de su servidumbre. Junto á ella, en pie,* CARLOS, *con un elegante vestido de page.*

Duquesa. (*Mirando primero al duque, y dirigiéndose despues á Carlos.*) Cómo ha variado en tres meses!

Carlos. Sí, afortunadamente cada dia está mejor.

Duquesa. Tú has sido quien con los acentos de tu dulce voz ha mitigado sus males.

Carlos. Lo creeis asi...? Qué feliz soy!

Duquesa. (*Confidencialmente á Carlos.*) Lo que me inquieta sobremanera es que el inquisidor mayor trata de reconquistar en el ánimo del duque el imperio que va perdiendo.

Carlos. De qué modo?

Duquesa. No ignoras que con sus doctrinas tenia fanatizado á mi esposo: pues bien, hoy trata de hacerle acudir al sermon que se predica en la capilla de palacio: sin duda estará ganado el predicador, y desde el púlpito le quieran hacer oir lo que puede echar por tierra nuestros planes. (*Da un reloj las diez: el duque se despierta, y el inquisidor se acerca.*)

Inquisidor. Señor, ya es la hora del sermon.

Duquesa. (*A Carlos.*) Qué te decia yo...?

Carlos. No temais nada.

Duque. (*Levantándose y apoyándose en el brazo del inquisidor.*) Ea, vamos.

Carlos. Eh, adónde vais, señor?

Duque. A la capilla.

Carlos. (*Con superficialidad.*) Pues qué, no sabeis que es esta la hora de la caza, y que ya debe estar dispuesta la cetrería...? Ahora entrais en el sermon: la voz hueca y campanuda del reverendo padre capuchino fray Buenaventura, tiene la virtud de poneros triste... y á la duquesa... y á mí... á todo el mundo: salís de la capilla, y ya no quereis ir de caza: el tédio y la inaccion os empeoran: perdemos en tres dias lo adelantado en tres meses: de aqui se sigue que no podeis salir de vuestra cámara, ni asistir al sermon, ni pensar en distraeros: perdeis mucho para el cuerpo, y no adelantais nada para el alma.

Inquisidor. Sin embargo...

Carlos. Eh, callad con mil santos: primero es la salud: Dios nos manda conservarla: si el duque vive, tiempo le queda para oir sermones; pero si se muere... los muertos ni ven, ni oyen, ni entienden... (*Aparte á la duquesa.*) Y en esto se parecen á nuestro inquisidor.

Duquesa. (*Sonriendo.*) Me divierte su buen humor.

Inquisidor. (*Impaciente.*) Pero no vamos, señor?

Duque. No, hoy no: el aire del campo me hace bien: tiene razon Carlos: dejaremos el sermon para otro dia.

Carlos. (*Gozoso á la duquesa.*) Al fin triunfamos.

Inquisidor. Reparad...

Duque. Nada, nada: asi lo he decidido, y para mejor distraerme, cuándo vuelva de la caza presidiré yo mismo el consejo.

Inquisidor. (*Aparte.*) Lo cual es peor aun: su mejoría va en aumento, y esto empieza á inquietarme.

Duque. (*Al inquisidor.*) Vos marchad al tribunal. (*A otro de la servidumbre.*) Vos id á disponerlo todo. (*A la duquesa.*) No venís, señora?

Duquesa. Ya os sigo. (*Vase el duque á su cuarto: los cortesanos se retiran por la puerta del foro.*)

Duquesa. (*Con regocijo.*) Impedirle que asista al sermon, y hacer que vaya á presidir el consejo... Ay, Carlos,

esto es aun mas que haberle curado; puede decirse que has hecho un milagro. Sin embargo, su estado no es tan satisfactorio como yo lo deseara. Tiene algun secreto que nos oculta: tal vez recuerdos dolorosos agitan su espíritu, y son causa del estado de abatimiento en que cae á veces, tan próximo de la demencia.

Carlos. Verdad es, y entonces de nada sirven mis bonitas romanzas ni mis barcarolas italianas. Una sola es la que produce siempre buen efecto.

Duquesa. La que cantaste en el bosque la primer vez que te encontramos. Cuánto te debemos...! Con qué podremos recompensártelo!

Carlos. Callad, por Dios, señora! No me habeis colmado de beneficios, sacándome del miserable estado en que me veía? A mí, á un pobre organista, á quien habeis admitido á vuestro lado, haciéndole partícipe de una confianza que tantos envidian.

Duquesa. Pienso hacer mas todavía. En medio de la pompa que te rodea, no eres feliz: yo he visto correr una lágrima por tu megilla, y he adivinado el motivo que te obligaba á verterla... Tu hermana...

Carlos. (*Suspirando.*) Cierto es.

Duquesa. Su ausencia te es dolorosa... pues bien, si tú no puedes ir á verla, que sea ella la que venga á tu lado.

Carlos. Será posible!

Duquesa. Voy á sacarla del convento, traerla á palacio, y vivirá contigo.

Carlos. Y cuándo, señora?

Duquesa. Hoy mismo; pero escucha. Tú no puedes conocer á fondo la etiqueta de los palaciegos: ya murmuran de que hayas entrado á nuestro servicio, porque no eres noble... qué fuera si viesen á tu hermana, una infeliz costurera, entre las demas camaristas, hijas todas de los primeros títulos del reino.

Carlos. No diré á nadie que es mi hermana; os lo juro.

Duquesa. Será para todos doña Teresa de Belmonte.

Carlos. Como gusteis.

Duquesa. Por lo que á tí hace, has de ser desde mañana nuestro primer maestro de capilla.

Carlos. Tantas bondades... Pero, cuándo llegará María?

Duquesa. Ya no puede tardar; el conde de Zucoli, en quien tengo gran confianza, es el que ha ido con orden mia á

sacarla del convento: le mandé que la tragese á esta sala por esa puerta secreta, donde la esperarás tú, y la conducirás á mi cámara.

Carlos. Os comprendo, señora; é interesa tanto mas ocultar su llegada, cuanto que una sola persona podria reconocerla, y esa persona está en palacio.

Duquesa. Quién es?

Carlos. Ludovico Broschi, mi protegido, aquel á quien hace tres meses le concedisteis la capitania que os pidió.

Duquesa. Gracia que le negué al principio: aun se me figura verle tan admirado...

Carlos. (*Aparte.*) Yo lo creo.

Duquesa. Cuando recibió su nombramiento.

Carlos. (*Aparte.*) Como que creyó que le llegaba del infierno: (*Alto.*) por lo demas, Ludovico Broschi se ha portado como un valiente: el jóven y tímido estudiante en teología se ha batido como un leon; y la honrosa comision que le ha confiado el general cerca de V. A...

Duquesa. Esta misma mañana debe llegar.

Carlos. Todo manifiesta que merece alguna recompensa.

Duquesa. (*Señalando los papeles que estan sobre la mesa.*) Ya he pensado en ello: pero mucho debes quererle, cuando todo lo pides para él, y para tí nada.

Carlos. Es que él ama á mi hermana de todo corazon, y aunque jamas haya de llegar á ser mi hermano, yo le amo ya como si lo fuese.

ESCENA XI.

CARLOS. LA DUQUESA. UN UGIER.

Ugier. El señor Ludovico Broschi, capitan del regimiento de S. A.

Duquesa. (*Que se ha sentado á la izquierda, teniendo á Carlos á su lado en pie.*) Que entre.

Ludovico. (*Con la rodilla en tierra.*) Tengo el honor de poner en manos de V. A. los partes de mi general.

Duquesa. Y ha confiado á un simple capitan mision tan importante?

Ludovico. (*Con timidez.*) Sí señora.

Duquesa. Muy mal hecho: tales papeles solo se entregan á ge-

fes de mayor graduacion: levantaos pues, comandante.

Ludovico. (*Admirado.*) Qué oigo! (*Levantando la vista, y viendo á Carlos tan magnificamente vestido, da un grito.*) Ah! (*Aparte.*) Asmodeo.

Duquesa. Qué os sucede?

Ludovico. (*Balbuciente.*) La sorpresa... la admiracion... (*Aparte.*) es decir, nada me admira, ni hay porque admirarse.

Duquesa. (*Tomando un papel de la mesa y otro de la mano de Carlos.*) Aqui teneis vuestro nombramiento: ademas, como para entrar en la nueva categoría es indispensable hacer gastos, con esta orden os entregará mil ducados mi tesorero.

Ludovico. (*Inclinándose.*) Ah, señora!

Duquesa. (*Sonriéndose con la mayor amabilidad.*) Dios os guarde, comandante. (*Vase.*)

Ludovico. (*Admirado.*) No puedo volver de mi sorpresa. El nombramiento de comandante y mil ducados! Oh, ya soy rico! Oh, sí tal, muy rico. Ya puedo buscar por toda Italia y descubrir á la que amo.

Carlos. (*Aparte.*) Ahora sería una imprudencia. (*Alto con la mano tendida y llamándole la atencion.*) Eh, un momento, amiguito; y mi parte?

Ludovico. (*Admirado.*) Cómo!

Carlos. Yo he cumplido mi promesa; cumple tú la tuya. (*Señalando los dos papeles que tiene en la mano.*) Elige, y dame lo uno ó lo otro.

Ludovico. Caramba, á fé que es lástima... pero un caballero debe ser fiel á su palabra. Conservo el título de comandante; para mí la gloria, y para tí el dinero. (*Le da un papel.*)

Carlos. Agur, comandante. (*Presentándole la mano.*)

Ludovico. (*Retirando la suya.*) No, lo que es la mano ya sabes que no. (*Vase Carlos corriendo y sonriéndose.*)

ESCENA III.

LUDOVICO. *Despues* PIETRO.

Ludovico. (*Siguiendo con la vista á Carlos.*) Anda con mil... compañeros tuyos. Algo caro me cuesta mi asociado, pero no me quejo del trato: (*Volviéndose.*) mas qué veo! No es este mi preceptor?

Pietro. Sí, querido discípulo; me veis aqui porque soy ugier de palacio: despues de tantas promesas, eso es todo lo que ha podido conseguir para mí el inquisidor mayor.

Ludovico. Pues de qué te quejas? Ya estás en el santuario del poder.

Pietro. Sí, para abrir la entrada en él á todos, y para quedarme yo siempre á la puerta. El inquisidor me ha colocado aqui como barómetro.

Ludovico. Con qué objeto?

Pietro. Con el de saber por mí la alta y baja del favor de S. A. y estar al corriente de cuanto sucede en la corte, y conocer á los que se van y á los que llegan. Parece que vos sois de estos últimos?

Ludovico. Con efecto.

Pietro. Y que vuestros asuntos caminan viento en popa?

Ludovico. No pueden ir mejor; pero yo no me he dirigido al inquisidor mayor: todo al contrario; mi protector es mas poderoso que todos los palaciegos y que el mismo duque.

Pietro. (*Abrazándole.*) Ay, mi querido discípulo! si le quisieses hablar en favor mio... porque me encuentro en una posicion embarazosa.

Ludovico. Esplícate pues.

Pietro. Ya sabeis mi inclinacion por las personas que estan en el poder. Quien á buen arbol se arrima... lo demas que sigue: si cae un favorito, yo no le he de levantar; asi para no caer con él al momento me acerco al nuevo.

Ludovico. Sin duda la ambicion...

Pietro. Pero ambicion noble. Primeramente me adherí en cuerpo y en alma á las miras de vuestro tio, que me prometió acordarse de mí cuando muriera; pero como en lugar de morirse engorda que es una bendicion, interinamente, hasta que cierre el ojo, me he dedicado á servir en cuanto pueda al inquisidor.

Ludovico. Continúa.

Pietro. El presidente del santo tribunal, perspicaz y astuto como él solo, y tratando por todos los medios imaginables de aminorar el poder de la duquesa, descubrió que sin confesárselo á sí mismo, y casi sin saberlo, el duque estaba enamorado.

Ludovico. El duque!

Pietro. El mismo; cuya debilidad de cabeza le hace estar

demente en ocasiones: concibió una pasion ideal y platónica por una jóven á quien veía en los jardines de palacio; oyéndola cantar algunas veces, pensó en robarla y conducirla á la quinta de Bellavista para que el duque la tratase mas de cerca, y proporcionándole una favorita, dar en tierra con el poder de su esposa; sin saber cómo ni cuándo la muchacha logró escaparse del nuestro, y no habiendo vuelto á dar con ella, ha sido preciso decir al duque que ha muerto: tan dolorosa noticia es causa de sus accesos, unas veces de furor y otras de melancolía... pero ahora entra lo mas importante.

Ludovico. Y qué es lo mas importante?

Pietro. Que el inquisidor, cuyas promesas halagaban mi esperanza, pierde su favor de dia en dia...

Ludovico. Y con él tu adhesion y apego.

Pietro. Eso es natural; y mas, que lejos de cumplir sus ofertas... porque qué diablos vale una plaza de ugier? me ha dicho que si se descubre el rapto de esa muchacha, á mí será á quien acuse... y una vez acusado... (*Llevando la mano al pescuezo.*)

Ludovico. Y crees que sería capaz...?

Pietro. De todo lo malo, sí tal.

Ludovico. Pero piensas que ese secreto pueda descubrirse?

Pietro. Mucho lo temo, segun los acontecimientos de estos tres meses... Parece que el diablo anda en nuestros negocios.

Ludovico. Calla...! Tambien en los tuyos?

Pietro. El duque estaba á la muerte, y casi de repente sana: la duquesa mandaba absolutamente, cayó en desgracia, y ya vuelve á mandar con mayor despotismo. El inquisidor echado del consejo, y despreciado por los que le adulaban, y en cambio un mequetrefe sin pelo de barba, que nadie sabe quién es ni de dónde viene, un intrigantuelo á quien ninguno conoce, entra á todas horas sin previo anuncio en la cámara del duque, en la de la duquesa, y ejerce aqui la mayor influencia, y un poder sin límites... Es prodigioso.

Ludovico. (*Admirado.*) Qué me dices!

Pietro. Hace un instante estaba aqui mano á mano con la duquesa...

Ludovico. (*Mas admirado.*) Lo crees asi...?

Pietro. Pues no he de creer lo que veo.

Ludovico. Vestido azul... capa encarnada... pluma blanca en el sombrero...

Pietro. Justamente.

Ludovico. (*Riendo.*) Ah... ya está todo entendido.

Pietro. Cómo!

Ludovico. Nada mas natural... Es él... mi protecto... ó mejor dicho, mi compañero.

Pietro. Qué compañero?

Ludovico. (*En tono confidencial.*) El diablo.

Pietro. (*Santiguándose.*) El dulcísimo nombre... (*Despues de una pausa.*) Pero tambien soy yo necio... conociendo vuestro carácter chancero...

Ludovico. No hablo de burlas. Asmodeo es en persona; el mismo que tú trataste de impedir que llamara en el bosque... Lo hice, y acudió á mi voz.

Pietro. Eso es imposible.

Ludovico. Eres por demas incrédulo; y puesto que es preciso convencerte...

Pietro. Jamas podreis conseguirlo.

Ludovico. Se me apareció en la encina, pobremente vestido: despues me le he encontrado aqui con trages de seda y oro, junto á la duquesa: él es quien me dió el despacho de capitan: en los combates yo era el primero á arrojarme al enemigo, y siempre por él me respetaron las balas: á él le debo mi ascenso... él me ha dado mil ducados, y él es quien me ha de proteger en todas mis empresas.

Pietro. Es para confundirse...

Ludovico. Si quieres que yo te presente... que él te proteja...

Pietro. Qué disparate...!

Ludovico. Tú lo pierdes. Verdad es que me cuesta carillo... un cincuenta por ciento... la mitad de sus beneficios; no es cosa despreciable!

Pietro. (*Viendo abrir las puertas del fondo.*) Silencio... alguien viene... y la inquisicion...

Ludovico. Bah! la inquisicion...! esa no habla con nosotros. (*Pietro le tapa la boca á Ludovico. Entran varios oficiales.*)

Pietro. Son los oficiales de guardia, que aguardan la misa del castillo, y entre tanto vienen á solazarse segun costumbre.

ESCENA IV.

LUDOVICO. PIETRO. OFICIALES.

(*Los oficiales se sientan en la mesa de la izquierda, y juegan á los dados.*)

Pietro. Ah! el tapete se cubre de oro.

Ludovico. Yo quiero probarte qué poder secreto y mágico vela por mi suerte. Aqui tienes la paga que acabo de cobrar... son cuarenta hermosos ducados... quiero duplicarlos. (*Presenta su bolsa á Pietro.*) Vé á jugarlos...! y que nada te arredre.

Pietro. (*Dudoso.*) Cuatro ó cinco solamente...

Ludovico. (*Entregándole su bolsa.*) Toma.

Pietro. (*Tomando algunas monedas.*) Hagamos un ensayo! porque su serenidad empieza á causarme temor. (*Se acerca á la mesa, y pidiendo permiso de jugar, que los oficiales le conceden, riéndose cuenta Pietro su dinero. Cada uno á su vez hace rodar los dados.*)

Ludovico. (*En medio del teatro, y burlándose del grupo de la izquierda.*) Pobres hombres...! Y bien, amigo mio? (*A Pietro, que se aparta de la mesa.*)

Pietro. (*Riéndose.*) Y bien...! qué os decia yo?

Ludovico. (*Idem.*) Habeis ganado?

Pietro. (*Idem.*) No, he perdido.

Ludovico. (*Colérico.*) Habeis perdido...! Eso no puede suceder.

Pietro. Y sin embargo ha sucedido.

Ludovico. Tienes razon. No eres tú, sino yo á quien el demonio protege.

Pietro. (*Sobresaltado.*) Cómo...!

Ludovico. (*Acercándose á la mesa.*) Van de una vez treinta y cinco ducados.

Varios oficiales. Esos van.

Pietro. (*A Ludovico, que acaba de arrojar su bolsa sobre la mesa.*) Qué, no temblais?

Ludovico. Yo...! temblar yo por ellos! (*Pietro y Ludovico se acercan á la mesa, mientras varios oficiales tiran los dados. Ludovico los juega á su vez, y se retira sin mirarlos. Carlos entra en este momento por la puerta de la derecha.*)

Varios oficiales. (*A Ludovico.*) Habeis ganado?

Pietro. (*Recoge la bolsa de Ludovico y el dinero que acaba de ganar, todo lo que entrega al mismo Ludovico.*) Habeis ganado...! gran Dios... !

Ludovico. No podia menos de suceder asi! Ya verás todavía...

Carlos. (*Aparte.*) Ay! El desgraciado va á perderlo de una vez todo.

Ludovico. (*Apuntando.*) Setenta ducados...!

Carlos. (*Sujetándole por la mano.*) No: treinta y cinco.

Ludovico. (*Asombrado.*) Cómo...?

Carlos. Y mi parte?

Ludovico. (*Rascándose la oreja.*) Ah! ah! qué diablo...! Siento entregártela, pero te pertenece de derecho... aqui la tienes. (*La pone sobre la mesa.*)

Pietro. Qué haceis...?

Ludovico. (*A media voz.*) Es él! (*El reloj del castillo dá las doce.*)

Un oficial. Señores, esta es la hora... partamos.

Pietro. (*Estupefacto y mirando á Carlos de arriba á abajo.*) Es él...!

Ludovico. Sí, es él...! (*Los oficiales se van por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

LUDOVICO. PIETRO. CARLOS.

Carlos. (*Aparte amontonando el dinero sobre la mesa.*) Sea como quiera, he evitado su ruina... yo me encargo de sus economías.

Pietro. (*Aparte á Ludovico.*) Cómo le dejais tomar vuestro dinero?

Ludovico. Asi lo hemos convenido.

Pietro. (*A media voz.*) Pero este pretendido Asmodeo puede ser un tramposo, un caballero de industria que trate de enriquecerse á vuestra costa.

Carlos. (*A Ludovico.*) Hé aqui lo que te vuelve á quedar... tus treinta y cinco ducados... !

Ludovico. En realidad, hasta ahora no han ido mal mis negocios.

Carlos. Entonces por qué juegas...? qué te hace falta...?

Ludovico. Tienes razon para reconvenirme; pero necesitaba mil doblones para un proyecto que medito, el mas du-

doso, el mas azaroso, y yo he sido demasiado necio para no contar, antes de todo, con tu ayuda.

Carlos. (*Aparte.*) Ah, Dios mio...!

Pietro. (*Encogiéndose de hombros.*) Vos creeis... ?

Ludovico. (*A Pietro.*) Sí... no tiene mas que decir una palabra... hacer una señal...

Pietro. Quisiera verlo.

Carlos. (*Aparte y riéndose.*) Y yo temo qué el demonio no podrá hacer este milagro...

Ludovico. Mi única ambicion, mi único deseo es buscar por toda Ferrara, por toda Italia, á la muger divina que me han arrebatado... Ven á mi ayuda... guiame, y sepa yo, por tí, dónde podré encontrarla... dónde podré verla una sola vez. (*La puerta se abre, y aparece María conducida por un ugier de palacio. Ludovico da un grito y se arroja en los brazos de Carlos.*) Tú me has salvado...!

ESCENA VI.

LOS MISMOS. MARÍA. EL UGIER.

Pietro. (*Estupefacto y temblando.*) Gran Dios...! esta muchacha...

Ludovico. (*Volviéndose hácia Pietro.*) Es ella... ciertamente es ella. Y sin embargo, tú estás turbado, tan trémulo como yo.

Pietro. (*Aparte.*) No me falta razon.

Ludovico. (*Acercándose precipitadamente á María.*) Al fin... despues de una ausencia tan larga...

María. (*Aparte.*) Ludovico...!!

Ludovico. (*A María.*) Y os vuelvo á ver...! Y os vuelvo á hablar...!

Ugier. (*Interponiéndose entre Ludovico y María.*) Poco á poco, mi capitan. Tengo orden de no permitir que ninguno hable con esta jóven.

Ludovico. (*A Carlos.*) Quién es este hombre?

Carlos. El ugier mas antiguo de cámara.

Ludovico. Pues bien, hazme un favor; llévate á ese viejo hidalgo.

Carlos. No.

Ludovico. (*Sorprendido.*) Cómo...! no...! Y por qué... ?

Carlos. En los servicios que te presto es necesario que ha-

ya alguna ventaja para mí... La mitad, ya sabes... Y quieres quedarte con la chica, y me das el viejo hidalgo... La particion no está bien hecha.

Ludovico. Es justo... (*Se acerca al ugier.*) Entonces, yo mismo, y á pesar de su guardian, diré á esta jóven...

Ugier. Que van á conduciros ahora mismo á las prisiones de palacio.

Ludovico. Con qué derecho...?

Ugier. Con el que me da mi destino... aqui mando yo... Hola! (*Aparecen varios guardias.*) Conducid á ese hombre á las prisiones, y que permanezca alli dos dias.

Ludovico. Pero...

Ugier. Cuatro.

Ludovico. Eso lo veremos.

Ugier. Ocho.

Pietro. (*Bajo á Ludovico.*) Imprudente! Someteos sin replicar.

Carlos. (*Sonriéndose.*) Ocho dias de prision pronto pasan.

Ludovico. (*Precipitadamente.*) No señor... cuatro.

Carlos. (*Sorprendido.*) Cómo...?

Ludovico. Y la parte que debes tener aqui...? que yo te reservo...? Todo lo que yo gano debe partirse entre los dos... asi está convenido.

Carlos. (*Inclinándose y riendo.*) Es muy justo...!

Ludovico. (*A los guardias.*) Ya os sigo.

Pietro. (*Aparte.*) No penará mucho tiempo... corro á prevenir á su tio... y antes de todo á denunciar á la santa inquisicion á este palaciego del infierno. (*Mirando á Carlos.*) Hechicero ó no, en la duda nada se pierde echándole el guante. (*Ludovico marcha por el fondo con los guardias; Pietro por la derecha.*)

ESCENA VII.

CARLOS. MARÍA. EL UGIER.

Ugier. (*A Carlos.*) Dejo esta dama en vuestro poder, como se me ha ordenado, y voy á decir á la duquesa que mi mision está cumplida. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

Carlos. Y bien! por qué tan turbada...! aun no has vuelto de tu sorpresa...?

Maria. No, hermano mio.

Carlos. Silencio... no pronuncies ese nombre... Despues de haberlo mandado la duquesa, debemos ser desconocidos el uno para el otro.

Maria. Asi lo haré, querido hermano... es decir, respetable señor Carlos.

Carlos. Está bien... pero vamos á cuentas. (*Tomando la mano de María.*) Sospecho que la presencia inesperada de ese hombre...

Maria. (*Sencillamente.*) No... yo pienso siempre en él, y su vista no me soprende. Pero el otro tiene un aire tan falso, tan siniestro... le he mirado con atencion, y estoy segura de que es él.

Carlos. Quién?

Maria. El que fue á casa de la señora Casilda á buscarme en su coche, para robarme y conducirme á la quinta.

Carlos. Semejante crimen no quedará sin castigo... (*Mira hácia el fondo.*) Aqui se acerca el duque... vé, y pide justicia contra tu raptor.

ESCENA VIII.

EL DUQUE. CARLOS. MARÍA.

Maria. (*Arrojándose á los pies del duque.*) Señor...! Señor...! Justicia.

Duque. (*Levantándola.*) Cielos...! qué veo...!

Maria. (*Retrocediendo y arrojándose en los brazos de Carlos.*) Dios mio...!

Duque. (*Aparte.*) Qué suplicio...!

Carlos. Qué tienes... ?

Maria. (*Señalando al duque, que se oculta el rostro con las manos.*) El dueño de la quinta...

Carlos. El infame raptor...!

Maria. Héle ahí!

Carlos. Es el duque.

Maria. El duque!

Carlos. Calla... calla...

Duque. Qué horrible remordimiento...! Su sombra, sí, esta es su sombra, que me persigue, que me acosa... (*Cae sobre un sillon.*)

Carlos. Terrible secreto...

Maria. Yo tiemblo, temiendo un nuevo peligro.
Carlos. (*Acercándose al duque.*) Señor! qué altera vuestra razon de tal modo?
Duque. (*Delirante y estrechando la mano de Carlos.*) Calla... no digas que tu soberano fue culpable... que él remordimiento le abruma... la veo, esa es su sombra... (*Señalando á María.*) ese es el fantasma que me persigue por todas partes.
Carlos. Esta jóven...?
Duque. Sí... su sombra vengadora me recuerda mi crimen...! yo la maté...!
Carlos. Os equivocais, existe...!
Duque. (*Levantándose con precipitacion.*) Será cierto! Querrá el cielo mitigar mis penas...! (*Observa á María con semblante amoroso.*) Se dignará cumplir mis votos...!
Carlos. (*Aparte al duque.*) La duquesa! (*El duque oculta la cabeza entre sus manos al mismo tiempo que la duquesa entra por la puerta de la derecha.*)
Duquesa. Ah...! qué veo...! Qué nueva causa de temor...?
Carlos. Ya conozco su secreto.
Duquesa. Me lo revelarás...
Carlos. (*Aparte.*) Ah...! qué he dicho? nunca.
Duque. (*A Carlos por el otro lado y en secreto.*) Sígueme... tengo necesidad de verte, de oirte... (*Con alegría.*) Ella existe...!
Carlos. El señor duque ha prometido asistir al consejo.
Duque. Voy á cumplir mi palabra... (*Bajo á Carlos.*) Pero despues hablaremos... te aguardo...!
Duquesa. (*Bajo á Carlos por el otro lado.*) Te aguardo...!
Carlos. (*Aparte.*) Dios mio, protégenos. (*A María, mientras el duque y la duquesa se retiran.*) No digas nada á la duquesa, y silencio con todos.
Duquesa. (*A María.*) Ven, hija mia... sígueme...! (*Bajo á Carlos.*) Ya me entiendes...!
Duque. (*A Carlos por el otro lado.*) Ya me entiendes.
Carlos. (*Aparte.*) Madre mia, inspírame...! (*Viendo la duquesa entrar á los miembros del consejo, marcha con María por la puerta de la derecha. El duque se va con los consejeros por el fondo.*)

ESCENA IX.

CARLOS, *solo, y cayendo sobre un sillon.*

Qué haré, Dios mio! Cómo evitaré los peligros que me rodean por todas partes...! Soy yo á quien el duque quiere tomar por confidente... y es mi hermana la muger á quien ama...! ah! mi primer pensamiento fue revelárselo todo á mi protectora, á la duquesa...! pero he de pagar sus beneficios con un golpe tan terrible? decirla que el duque, que su esposo, único objeto de sus cuidados, de su ternura...! no... no... yo no seré traidor, ni ingrato; renunciaré á la fortuna que me esperaba... huiré con mi hermana... la ocultaré á todos los ojos... Ludovico ignorará tambien la suerte de su amante, porque rival del duque, encontraria la muerte...! Afortunadamente permanecerá en prision ocho dias; de otra suerte su ligereza podia producir graves compromisos.

ESCENA X.

LUDOVICO. CARLOS.

Ludovico. Héme aqui.

Carlos. (*Aparte.*) Ludovico...! Él sí que es hechicero. (*Alto.*) Y vuestro arresto de ocho dias...

Ludovico. Cuatro...!

Carlos. (*Impaciente.*) El número no importa.

Ludovico. Sí importa... el trato es trato... tú debes partir conmigo los bienes como los males.

Carlos. Yo...!

Ludovico. Por esta razon, viendo cerrada la puerta salté por la ventana...

Carlos. Ah! Dios mio...!

Ludovico. No estaba muy baja... unos quince pies; mas yo dije para mí: nada arriesgo... ya que tengo quien me auxilie... quien me proteja...

Carlos. (*Aparte.*) Y descansa en mi proteccion! Y contando con ella, se rompe un dia el alma!

Ludovico. Pero no eres tú, sino ella, lo que busco. Sin este motivo podias haberte ahorrado el trabajo de acu-

dir á mi voz... ah! tú no sabes el servicio que me has hecho! Es ella...!

Carlos. La que adorabas en silencio desde tus ventanas...

Ludovico. (*Sorprendido.*) Quién te lo ha dicho?

Carlos. La que ibas á ver á casa de la señora Casilda, la modista...

Ludovico. Es verdad.

Carlos. Y por la que has malgastado todo tu dinero en vestidos y mantellinas.

Ludovico. Veo que lo sabes todo.

Carlos. (*Con gravedad.*) Pues porque lo sé todo, yo, tu amigo, tu protector... te ordeno que olvides á esa muger... que huyas...

Ludovico. Qué me dices...?

Carlos. Si la vuelves á ver... si vuelves á hablarla... si estrechas su mano entre las tuyas, van á caer sobre tí desgracias sin cuento.

Ludovico. Me es igual.

Carlos. Asi te pierdes para siempre.

Ludovico. (*Con impaciencia.*) Y por qué...?

Carlos. Por qué...? Escucha... no has rechazado como buen católico entregarme tu alma?

Ludovico. Ciertamente, y lo rehuso todavía, y lo rehusaré siempre.

Carlos. Pues ten entendido que si te entregas á ella, te entregas enteramente á mí...! porque ella es de mi propia raza, de mi familia...

Ludovico. Ella...! qué horror...! (*Se aparta de Carlos.*)

Carlos. (*Sentándose en un sillon de la derecha.*) Ya quedas prevenido.

Ludovico. Ella! una hija del infierno...! esa linda costurera... tan jóven aun... con un aire tan modesto... tan tímida, tan bella!

Carlos. Qué puede asombrarte...! Nosotros mudamos de trage y de carácter segun nos conviene. Muchos hombres hacen lo mismo por imitarnos. (*Tomando la mano de Ludovico.*) Qué piensas ahora... ?

Ludovico. Ah! me dices la verdad? (*Carlos se levanta y dirige á la puerta de la derecha, deteniéndose á la vista de la duquesa, que sale apoyada en el brazo de María, la cual viene ricamente vestida.*)

ESCENA XI.

LUDOVICO. CARLOS. LA DUQUESA. MARÍA.

Duquesa. (*Á María.*) Esta noche nos volveremos á ver, doña Teresa.

Ludovico. (*Aparte.*) Doña Teresa!

Duquesa. Porque nosotros salimos de aquí hoy mismo para nuestra casa de campo. Los coches y la escolta nos aguardan... Vos me acompañareis, Carlos...

Carlos. (*Aparte, mirando á su hermana.*) Ah, Dios mio...! dejarlos reunidos...! (*Alto.*) Pero señora... yo queria hablaros...

Duquesa. Y yo quiero que me hableis... Venid. (*Carlos se inclina en señal de obediencia.*) Quedareis entre nuestras damas de honor... Para esto tiene el título y los derechos...

Ludovico. (*Asombrado.*) Dama de honor de la duquesa... (*Al retirarse Carlos con la duquesa hace señas á Ludovico para que se guarde de María.*)

ESCENA XII.

LUDOVICO *y* MARÍA, *cada uno á un estremo del teatro.*

María. (*Aparte.*) Qué me irá á decir despues de tan larga ausencia...? Pero Dios mio...! guarda silencio... cualquiera diria que tiene miedo.

Ludovico. (*Aparte, y mirando á María con temor.*) Quién habia de creer que unos ojos tan hermosos, que tan dulce voz habian de pertenecer á un espíritu maligno? (*María da algunos pasos hácia Ludovico, y este se retira.*)

María. (*Aparte.*) Qué veo! parece que huye de mí...! Pues yo soy muger, y no debo hablar primero.

Ludovico. (*Aparte.*) Asmodeo tiene razon... todo manifiesta que es un demonio! verla por mas tiempo es esponer mi alma... huyamos... (*Va á marchar y se detiene.*)

María. (*Aparte.*) Oh cielos, se marcha...! (*Alto y en tono de reconvencion.*) Id con Dios...!

Ludovico. (*Acercándose á María con gran turbacion.*) Dignaos perdonarme... Señorita... no... señora... yo no sé qué nombre daros... pero... pero...

María. (*Con timidez.*) Parece que el trage y el espíritu de la corte impide que nos reconozcamos...!

Ludovico. Ay...! yo os recocí inmediatamente...

María. (*Sencillamente.*) No es creible.

Ludovico. (*Con prontitud.*) Ah! quién podria olvidaros...?

María. De veras?

Ludovico. Lo único que pudiera haberme confundido es hallaros mas hermosa!

María. (*Bajando los ojos.*) Yo! mas hermosa...

Ludovico. (*Con entusiasmo y mas animado.*) Cien veces mas! (*Aparte.*) Ah...! conozco que voy á condenarme... pero yo me arriesgo, aunque me lleve el demonio. (*Alto á María.*) No creais que ignoro el peligro que me amenaza al recrearme en tus ojos... pero tengo suficiente audacia para despreciarlo.

María. (*Con estrañeza.*) Para qué necesitais esa audacia? qué decís?

Ludovico. (*Con arrebato.*) Que penetro el terrible destino que me aguarda entregándote mi corazon... (*La estrecha contra su pecho.*) No importa... pruebe yo las delicias de tu amor, y aunque me pierda despues para siempre.

María. Perderos...! y por qué...?

Ludovico. El fuego del infierno circula por mis venas; tu mirada acaba de encadenarme.

María. (*Estrechando la mano de su amante.*) Ludovico!

Ludovico. Ah...! tu mano me abrasa... (*Aparte.*) Ya vislumbro mi eterna condenacion.

María. Me amarás siempre?

Ludovico. (*Cayendo de rodillas á los pies de María.*) Sí, te amaré siempre, sean cualesquiera los daños que tema... los males que me amenacen.

ESCENA XIII.

EL DUQUE. EL INQUISIDOR MAYOR. LOS CONSEJEROS é INQUISIDORES, *llegando por la puerta del fondo.* LUDOVICO. MARÍA.

(*El duque oye las últimas palabras de Ludovico, y viéndole á los pies de María, se adelanta velozmente.*)

María. (*Huyendo por la puerta de la derecha.*) Ah...!

Duque. (*Señalando á Ludovico.*) Que prendan á este hombre...!

Ludovico. (*Aparte.*) Hé aqui cómo empiezan mis desgracias... bien me habia dicho Asmodeo...!

Duque. (*A Ludovico.*) Quién sois...?

Inquisidor. (*Adelantándose.*) El capitan Ludovico Broschi, de quien acabo de hablar á V. A., y cuyo cómplice acaba de ser denunciado á la inquisicion...!

Duque. En tal caso yo no puedo oponerme á los decretos del santo tribunal... que la justicia haga su deber.

Inquisidor. V. A. aprueba...?

Duque. Eso os pertenece esclusivamente... Dejadme, y que persona ninguna se atreva á entrar en mi aposento... Vos quedais encargado de cumplir esta orden. (*El duque entra en su aposento por la primera puerta de la izquierda, y el inquisidor mayor coloca delante de la puerta dos alabarderos.*)

ESCENA XIV.

LOS PRECEDENTES *y* PIETRO BRAMBINI, *que habiendo presenciado la marcha del duque y el fin de la escena última, se acerca al* INQUISIDOR.

Pietro. (*Al inquisidor, señalando á Ludovico.*) Perdonadle.

Inquisidor. El duque aguarda su sentencia...! Nosotros la pronunciaremos arreglada á justicia.

Pietro. (*Acercándose á Ludovico, que acaba de arrojarse sobre un sillon de la derecha.*) Por que os encuentro aqui cuando suponia que estábais arrestado?

Ludovico. Ya veis que he faltado á la consigna.

Pietro. Y gracias á vuestra imprudencia, tendreis que figurar en el auto de fé que se prepara...!

Ludovico. (*Tendido sobre el sillon y riendose.*) Bueno...!

Inquisidor. (*A otro de los inquisidores.*) Convencido de heregía, de pacto con el diablo y de hechicería, que sea quemado antes de una hora. (*Vase el inquisidor.*)

Pietro. Pero cómo os podreis sustraer al peligro de ser quemado vivo?

Ludovico. (*Tranquilamente.*) No me apura semejante tra-

bajo... Asmodeo, que debe, segun nuestro pacto, protegerme, pensará el cómo y el cuándo... eso corre de su cuenta.

Pietro. (*Con impaciencia.*) Pero bablad... suplicad al menos.

Ludovico. (*Siempre tendido en el sillon.*) Y por qué me he de apurar? A él le toca salvarme.

Pietro. Qué delirio! Asmodeo, denunciado por mí, debe sufrir dentro de poco la misma pena.

Ludovico. (*Sin levantarse, y riéndose.*) Pobre hombre...!

ESCENA XV.

PIETRO. LUDOVICO. CARLOS, *conducido por la segunda puerta de la izquierda por* DOS FAMILIARES DEL SANTO OFICIO. EL INQUISIDOR MAYOR *y varios* INQUISIDORES.

Carlos. (*Resistiéndose.*) Qué me quereis, señores?

Inquisidor. La justicia del santo tribunal exige vuestro suplicio. Vamos... marchad... nuestro deber es castigar la heregía.

Carlos. Escuchadme al menos.

Inquisidor. No... no.

Carlos. (*Desesperado.*) Y la duquesa, que ha marchado ya á su casa de campo!

Pietro. (*A Ludovico, moviendo la cabeza.*) Me parece que no vale cosa la proteccion de este demonio...!

Carlos. (*Arrojándose hácia la puerta de la izquierda, guardada por los alabarderos.*) Pero yo recurriré al duque...

Todos. Deteneos!

Inquisidor. (*Colocándose delante del gabinete del duque.*) De orden del duque ningun poder humano puede pisar estos umbrales.

Carlos. (*Aparte, y volviendo hácia la izquierda.*) Cielos...! qué recuerdo...!

Pietro. (*Bajo á Ludovico, que permanece tendido en el sillon de la derecha.*) Y vos ¿ no temblais?

Ludovico. No; yo me río de su cólera.

Pietro. Pero reflexionad...

Ludovico. Por qué atormentarme?

Pietro. Qué va á ser de vos?

Ludovico. No me toca averiguarlo... Asmodeo, segun lo pactado, debe protegerme.

Pietro. Mirad que la hora del suplicio se acerca!

Ludovico. Bah! no seais visionario.

Carlos. (*Aparte.*) Mi postrera esperanza...! (*Alto al inquisidor.*) Permitidme que dirija á Dios mi última plegaria. (*Se acerca al gabinete del duque, y canta, con la misma música, la segunda estrofa de la cancion del primer acto, acompañándose con un laud. Al concluir se abre la puerta de la habitacion del duque, sin que aparezca ninguna persona.*)

Carlos. (*Aparte.*) La puerta se abre... el duque me ha oido... allí estará sin duda.

Inquisidor. Ea, cesen vuestros cantos... marchad.

Carlos. (*Preludiando.*)

Tra... la... la... la... la...
Tra... la... la... la... la...

(*Los inquisidores arrastran hácia la puerta del fondo á Carlos, que no deja de cantar el fin de la cancion: en este momento se lanza el duque fuera del gabinete en el mayor desorden.*)

Duque. (*Llamando.*) Carlos... Carlos...

Inquisidor. Partid.

Duque. (*Viendo que arrastran á Carlos.*) Dónde le conducís? Deteneos!

Ludovico. (*A Pietro.*) Has oido?

Duque. (*A los inquisidores.*) Temed mi ira.

Carlos. (*Siempre con la misma música.*)

Tra... la... la... la... la...
Tra... la... la... la... la...

Duque. Sus acentos encantadores tranquilizan mi alma, me subyugan.

Inquisidor. Oh fatal contra tiempo! Tú haces impotentes todos nuestros esfuerzos.

Ludovico. (*A Pietro.*) Lo ves? hay talismanes que destruyen con su virtud las intrigas de los malvados.

Pietro. Apenas comprendo el origen de tan gran poder.

Inquisidor. (*Acercándose al duque.*) Vuestras órdenes, señor...

Duque. No hablan con él.

Carlos. (*Señalando á Ludovico.*) Ni contra él tampoco.

Duque. (*Encolerizado.*) Oh! con este es diferente.

Carlos. Qué crimen...?
Inquisidor. Maleficio.
Carlos. (*Aparte, y alto al duque.*) Se ha salvado... yo probaré como este jóven nunca ofendió al santo oficio.
Duque. (*Irritado.*) Mayor es su delito.
Carlos. (*Aparte.*) Cielos...!
Duque. Su atentado es horrible... no ha respetado en su culpable ardor la inocencia ni la virtud! (*En voz baja á Carlos.*) En mi palacio, aqui mismo le he visto á los pies de una jóven... (*Estrecha la mano de Carlos.*) Sí... de ella...
Carlos. (*Aparte.*) Se ha perdido. Inspiradme, Dios mio! (*Bajo al duque.*) Y si tenia derecho para hablarla?
Duque. Él?
Carlos. Si fuese su marido?
Duque. Cielos! qué oigo! su marido? Ah! este nombre aplaca la tempestad de mi alma....
Inquisidor. Quién será este hombre, que asi dispone de la voluntad de nuestro soberano? (*Aparte á los inquisidores.*)
Pietro. Estoy despierto ó soñando!
Ludovico. (*A Pietro.*) Ya verás cómo Asmodeo cumple con su palabra... cuando yo decia que nada me podia suceder.
Carlos. (*Aparte.*) Lo crítico de las circunstancias debe allanar todos mis escrúpulos... Apresuremos el matrimonio de Ludovico con María... no queda otro camino para salvarlos. (*Al duque en voz baja.*) Para lograr mas pronto que vuestra alma se tranquilice, ordenad que los esposos salgan al instante de palacio.
Duque. (*Aparte.*) No... de esta suerte no volveria á verla! (*Alto.*) Ludovico... acercaos.
Ludovico. (*Con timidez.*) Señor...!
Duque. Olvidad el delirio de un momento de cólera! Estais libre!
Ludovico, Pietro y el Inquisidor. Cielos!
Duque. Anulo vuestra prision... quedaréis á mi lado.
Ludovico. (*Estrechando la mano de Carlos.*) Gracias.
Duque. Ademas, os concedo el empleo de coronel de mis guardias.
Ludovico. (*Bajo á Carlos.*) Gracias.
Pietro. Me he quedado estupefacto! (*A Ludovico.*) Y en todo esto, nada os asombra?

Ludovico. No: recordad que os habia dicho: "este es quien debe protegerme." (*Señalando á Carlos.*) Ya veis que no me equivocaba. (*El duque, apoyado en el brazo de Carlos, se retira á su habitacion por la izquierda. Ludovico, seguido de Pietro, atraviesa por en medio de los inquisidores, que se inclinan á su presencia; Ludovico se lo hace notar á Pietro con aire de triunfo, saliendo ambos por el fondo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Salon del palacio. En el foro una galería que da á los jardines. Dos puertas laterales. A la derecha una mesa con escribanía, y junto á la mesa un sillon.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS, *mirando con inquietud hácia el fondo.*

No habrá llegado mi aviso! La duquesa no viene... yo tiemblo! Engañar al duque, aunque costumbre de los cortesanos, es para mí imposible! Mi ansiedad no tiene límites. Si llega el duque...! Si me pregunta...! Oigo pasos! Ah! el cielo me ha salvado! Es la duquesa.

ESCENA II.

CARLOS. LA DUQUESA.

Carlos. Ya estrañaba vuestra tardanza, señora!

Duquesa. Injustamente. Apenas recibí el correo que enviaste á mi casa de campo, me puse en camino; porque se trataba, segun me decias, de mi único bien! Se trata pues del duque?

Carlos. Sí señora.

Duquesa. Por qué no me confiaste antes de mi marcha el secreto que ya poseías... que era causa de sus tormentos?

Carlos. Aun no estaba seguro de los pormenores. Pero ahora... ahora los sé casi todos; y sin embargo, suplico á V. A. que no me pregunte ninguno. V. A. los conocerá, si acierto; si sucumbo, yo solo me habré espuesto á la cólera de un hombre poderoso.

Duquesa. Lo sé todo; quieren obligar al duque á separarse de mí! Hablan de divorcio... de nueva alianza con una princesa de Cerdeña.

Carlos. Eso es imposible.

Duquesa. Por desgracia es demasiado cierto. Hasta se dice que el inquisidor mayor recibe dinero con este objeto de la corte de Turin, con la que está en correspondencia secreta, por medio de un tal Pietro Brambini, ugier de palacio, y uno de sus agentes.

Carlos. Le conozco.

Duquesa. (*Con viveza y levantándose.*) Y tienes pruebas de ese complot... una prueba... una sola!

Carlos. La tendré, os respondo de ello.

Duquesa. Ah! si es asi... habla! pídeme lo que quieras!

Carlos. Acepto, señora... solo os pido que caseis al instante y secretamente á mi hermana María con Ludovico Broschi.

Duquesa. No me suplicabas hace pocas horas que separase á tu hermana de Ludovico?

Carlos. Entonces era necesario; y ahora... es indispensable este matrimonio... no por mí... no por mi hermana... sino por vos.

Duquesa. (*Asustada.*) Cómo?

Carlos. Asi conviene para el buen éxito de los proyectos de que acabamos de hablar; y una palabra vuestra al marques del Castillo, que es, segun dicen, el cortesano mas servil...

Duquesa. Sin duda alguna... una sola mirada le hubiera obligado á postrarse ante mí y obedecerme; pero en mala hora ha fallecido ese viejo, dejando á su sobrino, á quien no ha tenido tiempo de desheredar, una renta de seiscientos mil ducados!

Carlos. Cielos!

Duquesa. Y cómo obligar á Ludovico, cuando es libre, rico, y puede aspirar por lo tanto á los mas ventajosos partidos...

Carlos. A casarlo con una chica sin nacimiento y sin fortuna?

Duquesa. A menos que el amor que le arrastra hácia María...

Carlos. Amor que yo, insensato de mí, he convertido en aversion! Mas no importa... todo puede remediarse, y

desde este momento si el duque os hablase de tal union, suplico á V. A. asegure que ya tiene noticias de ella!

Duquesa. Yo...

Carlos. Y añadireis que habeis honrado el contrato con vuestra firma... esto será lo mejor.

Duquesa. (*Viendo salir á sus damas de honor por la puerta de la derecha.*) Silencio! vienen á buscarme!

Carlos. Qué contratiempo!

Duquesa. El embajador de Sajonia presenta hoy sus poderes.

Carlos. (*A media voz.*) Cuándo volveré á ver á V. A.?

Duquesa. Despues de la audiencia; si consigo quedar sola un instante, te avisará María: hasta luego: silencio y valor. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

CARLOS. *Despues* LUDOVICO *y* PIETRO.

Carlos. (*Sentándose en un taburete á la derecha cerca de la mesa.*) Sí... valor! Aun puede ocultarse á Ludovico por algunas horas la noticia de su herencia.

Pietro. (*Entrando con Ludovico por el fondo del teatro.*) Os lo repito, es el mismo escribano quien ha traido la nueva. Vuestro tio ha muerto!!

Carlos. (*Aparte con impaciencia.*) Aqui... todavía este Pietro!

Pietro. Sin poder, como el queria, legar todos sus bienes á la inquisicion.

Ludovico. (*Con frialdad.*) Es verdad!

Pietro. Solo tuvo tiempo para decir al escribano de viva voz... "Mando á mi sobrino Ludovico que tome á Pietro Brambini por su mayordomo!"

Ludovico. Tú por mayordomo! Bien se conoce que el regalo viene del diablo! Y por qué esa condicion?

Pietro. Porque no podeis administrar solo vuestros cuantiosos bienes... porque teneis seiscientos mil ducados de renta...

Ludovico. (*Con frialdad.*) Sí, eh?

Pietro. No os sorprende tanta fortuna?

Ludovico. Nada de eso: (*Señalando á Carlos.*) teniendo á este de mi parte... ya la aguardaba.

Pietro. Otra razon para renunciar á ese amor absurdo y diabólico que teneis en la cabeza.

Carlos. (*Aparte con cólera.*) Ahora trata de mí!

Pietro. Se puede escoger entre las marquesas y duquesas, cuando se poseen seiscientos mil ducados!

Carlos. (*Con frialdad.*) No; trescientos mil.

Pietro. Cómo?

Carlos. Y mi parte?

Pietro. Ah! es demasiada usura...

Ludovico. (*Riéndose.*) Menos cobra un mayordomo.

Pietro. (*Con cólera.*) Y podreis sufrir...?

Ludovico. Dame el medio de obrar de otro modo. Cuando considero que eres tú el que hablas... tú, que acabas de ser nombrado mi mayordomo... no puedo menos de admirarme: tú perteneces por mitad al diablo, si él lo quiere.

Pietro. Permitid...!

Ludovico. Sí; si él lo quiere... por mas que digas y hagas, será preciso que le pertenezcas.

Pietro. (*Con cólera.*) Eso lo veremos! porque yo no puedo sufrir por mas tiempo que seais víctima de un engaño, de una impostura semejante... (*Se oye música militar.*)

Ludovico. Calla...! El duque y la duquesa, que vuelven á la sala del trono á recibir al embajador... Y nosotros, como del regimiento de guardias, debemos formar en ala á su paso!

Pietro. Poco importa! (*Mostrando á Carlos, que despues de algunos minutos acaba de sentarse á escribir en la mesa de la derecha.*) Puesto que pretendeis que es el diablo en persona... (*Tomando una de dos pistolas que Ludovico lleva en la cintura.*)

Ludivico. Ten cuidado... está cargada!

Pietro. Eso es lo que yo quiero... probarla en él! vereis...

Ludovico. Vas á perder la pólvora y el tiempo. (*Con viveza.*) El duque. (*Saca la espada y vá á ponerse en la fila con los otros oficiales y soldados, que llegan y se colocan en ala en la galería, presentando las armas al duque y volviendo las espaldas á los espectadores.*)

Pietro. (*Durante este tiempo se acerca á Carlos, que está en la mesa de escribir, y le dice á media voz:*) Pretendido demonio ó hechicero, podrás decirme lo que va á sucederte?

Carlos. (*Sin volver la cabeza.*) No; pero puedo revelarte la suerte que te aguarda. Raptor de una jóven que destinabas para favorita del duque, serás ahorcado esta tarde.

Pietro. (*Turbado.*) Ahorcado!

Carlos. Por el contrario... te ofrezco el perdon si confiesas tus inteligencias con el inquisidor mayor.

Pietro. Confieso...

Carlos. Que recibes cartas para él de la corte de Cerdeña...

Pietro. Confieso... y aqui mismo tengo una que iba á llevarle.

Carlos. (*Con viveza.*) La proteccion de la duquesa y la plaza de mayordomo de palacio, si me la entregas.

Pietro. Aqui está... aqui está. (*Cayendo de rodillas.*) Cumplid vuestras promesas mejor que la inquisicion, y os pertenezco en cuerpo y alma! (*Durante el diálogo precedente, que ha sido dicho con rapidez en el proscenio, el duque, la duquesa y toda la corte han atravesado el fondo del teatro por delante de los oficiales, que forman en ala. La marcha se ha concluido. Ludovico, que estaba en la puerta del fondo presentando las armas al duque, vuelve en este momento y ve á su preceptor de rodillas delante de Carlos.*)

Ludovico. (*Riendo.*) Él tambien! Qué! mi querido preceptor, vos que habeis tomado las armas contra el infierno... vos que os alababais de no ceder á sus asechanzas... obrais aun peor que yo! Vos entregais cuerpo y alma...! Oh! tú lo has dicho... yo lo he oido! Has hecho bien: hoy todo te sale bien.

Pietro. (*Balbuciente.*) Permitidme, señor...

Carlos. Silencio! ni una palabra á tu discípulo.

Pietro. Me callo.

Carlos. Déjanos por ahora.

Pietro. (*Dando algunos pasos para salir.*) Me voy.

Carlos. No, quédate.

Pietro. (*Volviendo.*) Me quedo.

Ludovico. (*A media voz á Pietro.*) Oh! parece que obedeces sus órdenes?

Pietro. (*Turbado.*) Creeis...?

Carlos. (*A Pietro.*) Vas á venir conmigo á ver á la duquesa.

Pietro. Para obtener la plaza de mayordomo que me habeis ofrecido?

Ludovico. Una plaza... Figúrate que ya la tienes... porque es un seguro servidor exacto y fiel... algo interesado... te lo prevengo... pero no importa, y cualquiera que sea el precio que él exija, tengo una gracia todavía que pedirle.

Carlos. Cuál?

Ludovico. Esta mañana me habeis prohibido mirar ni aproximarme á una jóven... á un diablo hembra... y á pesar de tus amenazas...

Carlos. (*Asustado.*) Qué has hecho?

Ludovico. He prometido, he jurado darme al demonio: le he vendido mi alma!

Carlos. Es posible!

Ludovico. Ahora comprenderás que pues la pertenezco para siempre, no me será dificil casarme con ella.

Pietro. (*Asustado.*) Vos, mi discípulo!

Carlos. (*Haciéndole señas.*) Calla! (*Pietro se detiene y calla.*)

Ludovico. Pertenezca al mundo ó al infierno, quiero que Teresa sea mi muger.

Carlos. (*Con alegría.*) }
Pietro. (*Con temor.*) } Qué quereis?

Ludovico. (*Con viveza á Carlos.*) Semejante matrimonio no puede hacerse como otro cualquiera... lo sé... pero tu poder cerca de Belcebú puede hacer que se verifique en un abrir y cerrar de ojos.

Carlos. (*Con viveza.*) Ese es tambien mi mayor deseo, y vas á verlo cumplido al momento.

ESCENA IV.

LUDOVICO. PIETRO. EL UGIER. CARLOS. *Varios señores.*

Ugier. (*A Ludovico.*) De parte del duque! (*Entregándole un papel, y aproximándose despues á Carlos, con quien conversa en el fondo del teatro, mientras lee Ludovico.*)

Ludovico. Ah! Dios mio!

Pietro. (*A media voz.*) Qué teneis?

Ludovico. (*Con alegria.*) Qué decia yo...? El matrimonio de que yo hablaba...

Pietro. Va á verificarse?

Ludovico. Mejor todavía... está ya hecho... Oye la carta del duque. (*Leyendo.*) "Estais casado... lo sabemos... y queremos por tanto que habiteis en palacio y que ocupeis en él un aposento, desde esta tarde, con doña Teresa, vuestra muger!" Teresa... mi muger... el mismo aposento. Lo ves...? lo que yo deseaba, el sueño de mi felicidad se ha realizado en un momento.

Pietro. Cuándo pues...?

Ludovico. No lo sé á punto fijo... Pero el duque no se engaña jamas! El duque lo ha dicho y lo afirma... está sellado por su mano...

Pietro. Casado... sin haberos apercibido de ello!

Ludovico. Por qué no...? Desde que se inicia uno en la hechicería, nada debe ser sorprendente...

Ugier. (*Que ha permanecido en el fondo.*) El duque, señores!

Ludovico. El duque, que sale de la sala del trono y atraviesa esta galería... voy á saber de él mismo...

Carlos. (*Aparte.*) Cielos! (*Deja al ugier y á los demas señores que conversan con él, y se aproxima á Ludovico.*)

ESCENA V.

LUDOVICO. CARLOS. EL DUQUE. EL UGIER. *Varios señores.*

Duque. (*Viniendo hácia la izquierda y atravesando el teatro.*) Sí, conde de Torrentini, haremos justicia á vuestra demanda... lo mismo que á la vuestra, marques de la Selva. (*Viendo á Ludovico, que se inclina.*) Ah! sois vos, Ludovico? Habeis recibido de mí...

Ludovico. (*Mostrándole un papel.*) Sí señor...! pero osaré preguntar á V. A... qué opinais de esta union?

Duque. (*Sonriendo.*) Por parte de Carlos no ofrece inconveniente.

Ludovico. (*Sorprendido.*) Por Carlos...?

Carlos. (*A Ludovico.*) Sí, comandante...

Duque. Ni por la duquesa, que me ha dicho haber firmado vuestro contrato, y honrado con su augusta presencia el matrimonio, que desde luego aprobamos. (*El duque saluda con la mano á Ludovico, que permanece estupefacto é inmóvil; y atravesando la galería, entra, con su séquito, en uno de los aposentos de la derecha.*)

ESCENA VI.

LUDOVICO. PIETRO. CARLOS.

Ludovico. (*Fuera de sí y llevando la mano á la frente.*) La duquesa, dijo, que ha presenciado este matrimonio... real ó fantástico... (*Con viveza y saliendo de sus reflexiones.*) Pero, despues de todo, qué necesidad tengo de averiguar su realidad... para ser dichoso...? Y desde que lo soy... desde que ella me pertenece... (*Da algunos pasos para salir.*)

Carlos. (*Deteniéndole.*) Adónde vais?

Ludovico. A buscar á mi muger... y traerla á palacio.

Carlos. Permitid...

Ludovico. A nuestro aposento... el duque lo ha dicho... yo estoy casado... mi matrimonio se ha celebrado, la duquesa lo ha visto, el duque lo atestigua... y tú tambien...

Pietro. Es verdad!

Carlos. (*Aparte.*) Ah, Dios mio...! Esto se va haciendo peligroso, y á no poner remedio... si no se procura impedir...

Ludovico. (*Aparte.*) Me pertenece... es mi bien...! nadie puede disputármela... ni impedir que yo sea su marido.

Carlos. (*Aparte y siempre reteniéndolo.*) Y yo...!

Ludovico. (*Lo mismo.*) Qué quieres decir?

Carlos. (*Lo mismo.*) Y mi parte?

Ludovico. (*Lo mismo.*) Mi muger me pertenece á mí solo!

Carlos. A los dos...! No se ha dicho en nuestro pacto, que todo lo que yo te haga obtener lo partiríamos?

Ludovico. Pase en cuanto á mi mayordomo... toma la mitad de él... tómale todo entero, si lo quieres... pero en cuanto á mi muger... es otra cosa!

ESCENA VII.

LUDOVICO. PIETRO. CARLOS. MARÍA, *saliendo por la derecha.*

María. (*En voz baja.*) Eh! aprisa... aprisa; la duquesa te aguarda, y apenas tiene un momento para estar sola.

Carlos. Voy allá... pero, tú, no olvides... (*Hablándola en secreto.*)

Ludovico. (*A Pietro, á media voz.*) Véla ahí...!

Pietro (*Aparte.*) Demasiado la he reconocido!

Ludovico. Mírala... mira qué linda es... y partir semejante tesoro...? Ah! No... antes morir!

Carlos. (*A su hermana, que muestra disgusto.*) Lo mando... Vos, señor Pietro, seguidme á ver á la duquesa... (*A su hermana.*) No olvides con él lo que te he recomendado, ó eres perdida. (*Carlos sale con Pietro haciendo á su hermana señas de inteligencia.*)

ESCENA VIII.

MARÍA. LUDOVICO.

María. (*Aparte.*) Pobre jóven...! Engañarle de este modo...! Jamas podré hacerlo.

Ludovico. (*Viendo marchar á Carlos.*) Gracias al cielo, que mi maldito asociado no está aqui para reclamar su parte... se aleja... no puede vernos... y en su ausencia...

Maria. (*Aparte.*) Vamos, es terrible hacerle creer que debe tomarme á medias con el diablo... que el diablo está siempre aqui... cerca de nosotros...; pero mi hermano lo ordena asi... cómo ha de ser...?

Ludovico. (*Aparte.*) No hallaré momento mas favorable... y despues engañar al diablo debe ser permitido.

Maria. (*Aparte.*) Ah! el corazon me late de placer...! Y he de ser tan cruel, porque asi lo quiere mi hermano...!

Ludovico. (*Mirando hácia la derecha.*) Ya está lejos! acerquémonos. (*Con entusiasmo.*) Ya que estamos solos, escúchame... yo te amo...

Maria. (*Escuchando por el lado opuesto y con malicia.*) Eh? eh?

Ludovico. En qué pensais ahora?

Maria. (*Escuchando siempre por el lado opuesto á Ludovico.*) En nada: solo que mientras vos hablabais por este lado, alguno me repetia tambien junto á este oido "yo te amo."

Ludovico. (*Admirado.*) Junto á ese oido...!

Maria. (*Señalando á la parte donde no hay persona alguna.*) Sí tal.

Ludovico. (*Cogiendo la mano izquierda de María.*) No es posible!

Maria. Ay...! es particular!

Ludovico. Qué teneis ahora...? De dónde nace vuestra turbacion?

Maria. Me estrechan la mano!

Ludovico. (*Sujetando la mano izquierda de Maria.*) Esta?

Maria. (*Mostrando la derecha.*) No, la otra.

Ludovico. (*Pasando á su derecha.*) Será Asmodeo! invisible, y presente sin embargo!

Maria. (*Alargando la mano izquierda.*) Héle aqui por este lado. (*Como si la tuviesen sujeta por la mano izquierda.*) Acabad!

Ludovico. (*Llevando la mano de Maria á su corazon y sus labios.*) Y bien?

Maria. Os he prohibido que me toqueis... pero habeis colocado mi mano sobre vuestra boca y sobre vuestro corazon. (*Siempre dirigiéndose al lado contrario á Ludovico.*)

Ludovico. (*Aparte, y soltando la mano de Maria.*) Lo dicho: es verdaderamente terrible que el diablo, invisible ahora á mis ojos, venga á participar hasta de mis amores!

Maria. (*Aparte.*) Se incomoda, y con razon. Es terrible dividir el amor único del alma, aunque sea con el mismo demonio.

Ludovico. (*Dirigiéndose á la persona que él cree estar en la habitacion.*) Temed, demonio atrevido, que me canse de vuestra audacia. (*Abandona la mano derecha de Maria.*) Ya dejo libre tu mano.

Maria. (*Mostrando su izquierda.*) Y ya tengo libres las dos.

Ludovico. (*Retrocede algunos pasos.*) Y si yo me retiro?

Maria. Él tambien se aleja!

Ludovico. (*Acercándose á Maria.*) Yo no renuncio á mis derechos.

Maria. Ni él, segun veo, á los suyos... ya está junto á mí.

Ludovico. (*Tomando la mano derecha de María y cayendo á sus plantas.*) Ah! qué dulce ilusion me encadena!

Maria. (*Mostrando la mano izquierda.*) Tambien él me sujeta! ah! bien lo siento.

Ludovico. Luego él continúa?

Maria. Vedle á mis plantas.

Ludovico. A vuestras plantas?

Maria. (*Aparte.*) Dios mio, inspírame!

Ludovico. Pues bien, no mas particiones. En mi cólera renuncio al pacto que me encadena. Aunque me vea perdido, nada me detiene. (*Figurándose hablar con Asmodeo.*) Solo tú haces estallar la tempestad sobre mi cabeza... Nuestro pacto está roto. Me entiendes...? está roto para siempre. (*Pasa al costado izquierdo de María.*) Cerca de tí, (*A Maria.*) que eres mi felicidad, me burlo de su poder... y si me guardas tu corazon, venga... venga cuando quiera. (*La abraza por el lado izquierdo.*)

Maria. (*Volviéndose repentinamente hácia el lado contrario.*) Ah! que me abraza!

Ludovico. (*Lanza un grito de cólera.*) Ah! (*Pasea todo el teatro, dirigiéndose despues hácia donde cree estar Asmodeo.*) Este es un trato pérfido y desleal... es un abuso de vuestro infernal poder... esta en fin es una infamia; me entendeis...? Ocultarse asi para arrancarme violentamente favores de mi amor, de mi único bien! (*Abraza á Maria.*) Pero acércate á mí... mi amor, mi tesoro...

Maria. (*Llevando su mano á la megilla.*) Ay! me ha dado un beso!

Ludovico. (*Saca la espada con furor.*) Eso mas...? Y sin haberme yo atrevido á tanto? Voto á brios que al paso que el demonio lleva... Asmodeo, ya he dicho que nuestro pacto está roto, y me vengaré... Dónde estás? nada te libertará de mi furor. (*Ludovico recorre la escena acuchillando la mesa y los sillones. Despues se coloca delante de Maria, como para protegerla de Asmodeo, y esgríme de un lado á otro la espada.*)

Maria. Sus celos me causan risa. (*El duque aparece en el fondo.*)

ESCENA IX.

EL DUQUE. LUDOVICO. MARÍA.

Ludovico. Ah! Señor... imploro la justicia y el favor de V. A.

Maria. (*A Ludovico á media voz.*) Callad.

Ludovico. No, no; largo tiempo he guardado silencio... yo ruego al católico duque de Ferrara que me libre, que

mande conjurar al espíritu maligno que nos persigue y acibara todos nuestros placeres.

Duque. Qué quereis decir...?

Ludovico. Que para romper sus maleficios haga V. A. venir un sacerdote que nos case... que nos case... real y positivamente.

Duque. (*Asombrado.*) Que os case? No lo estais ya?

Ludovico. No tengo de ello la menor idea.

Duque. Y la duquesa y Carlos que aseguraban...

María. (*Vivamente y acercándose al duque.*) Vive engañado, como vos mismo.

Duque. (*Encolerizado.*) Será cierto? Este es el colmo de la audacia... Querian burlarse de mi poder... tiemblen todos de mi cólera! Aun soy duque de Ferrara! Y vosotros sereis los primeros que esperimentareis mi justa indignacion... Sí, me vengaré! La duquesa...!

ESCENA X.

LOS MISMOS. LA DUQUESA *y toda la corte, que entran por la galería del fondo.*

Duquesa. (*Corriendo hácia su marido.*) Qué teneis?

Duque. (*Tratando de moderar su cólera.*) Qué tengo? qué tengo? nada.

Inquisidor. (*A Pietro.*) Será un nuevo arrebato de locura que le pondrá bajo nuestro poder.

Duque. (*Bajo y hablando solo.*) Sí, inicuos, todos pagareis vuestra traicion en un cadalso.

Duquesa. (*A los cortesanos.*) Qué puede escitar su venganza? Cuál será el ultraje que le preocupa? (*Viendo entrar á Carlos.*) Venid, Carlos, venid... yo estoy temblando... No veis con qué furor nos mira?

Carlos. (*Acercándose al duque.*) Señor!

Duque. (*Bruscamente.*) Qué quieres? servir á mis enemigos?

Carlos. Quién! yo? Si os dignaseis creerme y permitirme...

Duque. (*Con cólera.*) Silencio...! Si te he admitido en mi corte, no es para escuchar tus consejos, sino tus cantos.

Carlos. Por mis cantos...! En ese caso, señor, en adelante no puedo serviros.

Duque. (*Sobresaltado.*) Y por qué razon?
Carlos. Por mis penas, señor...!
Duque. Vos! teneis penas?
Carlos. Sí señor!
Duque. (*Dulcificando el tono.*) Ah! tú sufres tambien? pero cómo...?
Carlos. Tengo una hermana, señor, y me la han querido arrebatar... la han querido seducir.
Duque. Quién?
Carlos. Un noble y poderoso señor.
Duque. Su nombre?
Carlos. Solo le diré á V. A.
Duque. (*A la duquesa.*) Señora, me permitireis un solo instante...? (*A los señores de la corte.*) Y vosotros, señores, podeis alejaros. (*Toda la corte se retira hácia el fondo del teatro. La duquesa se sienta en el sillon de la derecha. Carlos y el duque se acercan al proscenio.*)
Duque. (*A Carlos.*) No hay en mis estados una persona tan grande, tan elevada, que pueda substraerse al rigor de las leyes... Nómbrame, pues, el seductor de tu hermana...
Carlos. Vos, señor.
Duque. Yo! cómo...!
Carlos. Es una horrible trama. Pérfidos consejeros, temiendo el amor y el celo de la duquesa, querian arrastraros á los pies de una favorita... haceros consentir en el divorcio, y contraer nuevos lazos... todo con el fin de enriquecerse... aqui teneis las pruebas. (*Presenta al duque varios papeles.*)
Duque. (*Revisando los documentos.*) Cielos! (*Con rabia.*) Tambien la duquesa conocerá el secreto!
Carlos. La duquesa no sabe nada: os lo juro, señor. (*Señala á Ludovico y María.*) Ni Ludovico... ni mi hermana... yo, yo solo poseo este secreto... decretad mi muerte... él morirá conmigo. Comprad á este precio vuestra tranquilidad. Que la inocencia halle en vos un protector! Y fiel al honor... fiel á la duquesa, volvedle su esposo... y volvedme mi hermana. (*Mientras Carlos habla, á una señal de este se acerca silenciosamente María, quien se arrodilla á los pies del duque.*)
Maria. Perdonadme, señor! Si reinais por el poder, vivid para la clemencia.

Duque. Ah! sus acentos penetran mi alma! (*A la duquesa.*) Venid, señora. (*A los cortesanos.*) Acercaos. (*A la duquesa.*) Señora... todo os lo debo. (*A Ludovico.*) En cuanto á vos... desposaos con la muger que amais, conde de Sarte.

Ludovico. Señor!

Pietro. Qué... todavía mas títulos!

Inquisidor. Pretendeis aun...

Duque. (*Al inquisidor.*) Vos, quitaos de mi presencia; salid de mis estados antes de veinticuatro horas, y marchad á intrigar al infierno. (*Vase el inquisidor.*)

Ludovico. (*A Carlos, que le ha hablado durante las últimas palabras.*) Cómo! no quieres esta vez tu parte?

Carlos. Al contrario, cuanto me pertenece lo renuncio, y se lo doy...

Ludovico. A quién...?

Carlos. A mi hermana. (*Señala á Maria, y todos los miran y se rien.*) He cumplido mi promesa... aqui cada uno tomó su parte.

Ludovico. Sí; pero... y la tuya...?

Carlos. La mia...?

(*Al público.*)

Ya que, gracias á mi arte,
cada cual su parte obtiene,
maldita la gracia tiene
que me quede yo sin parte.
Si he conseguido agradarte
esa es mi dicha mayor:
obtenga yo tu favor,
y, con franqueza te hablo,
mi *parte*, aunque *del diablo* ,
será la parte mejor.

FIN DE LA COMEDIA.

secreto de estado.
ıorias de un coronel.
'po el Veronés.
ijo de la tempestad.
boda improvisada.
celino el tapicero.
dos solterones.
ombre mas feo de Francia.
he toledana.
ıglar.
ıstigo de una madre.
memorias del diablo.
ı casa con dos puertas.
ıar.
ven bofetones.
r en vedado.
ırsario.
te por interés.
zar me vuelvo.
ouen padre.
tio de Bilbao.
ıwell.
o y Paulina.
ovia de palo.
ra, vinda y casada.
rotestante.
iina de Médicis.
ballero de industria.
obal el leñador.
iela de Belle-Isle.
uelo.
édico y la huérfana.
cto del hambre.
oscripto.
gollacion de los inocentes.
los celosos.
ómicos del rey de Prusia.
badia de Castro.
ombre de bien.
rcajada.
ro.
ecreto de familia.
ıventura de Carlos II.
olinera.
rcader flamenco.
retario privado.
sterna de Alby.
adena.
y nobleza.
nio Perez y Felipe II.
o.
venga sus gravios.
ni.
r y cobrar el cetro.
e años despues.
el novicio.
elos.
mito.
a la cieguecita.
litarios.
a y el encojido.
atuecas.
nia.
ñal del Godo.
jor razon la espada.
lino de Guadalajara.
ballo del rey D. Sancho.
uja de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegri.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña Maria de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de Paris.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La politico-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amorios de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Soboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hosteria de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Machel.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Arteyelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra
Valeria.
Un poeta y una muger
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado
La reina por fuerza.
Toó jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina,** á 160 rs.

50 idem del **moderno español,** á 20 rs. cada uno.

28 idem del **estrangero,** á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria........	Gonzalez.	*Murcia*..........	Gisbert.
Alcoy...........	Marti Roig.	*Oviedo*...........	Longoria.
Alicante.........	Champourcin.	*Orense*...........	Novoa.
Burgos...........	Arnaiz.	*Pamplona*.......	Erasun.
Badajoz.........	Viuda de Carrillo.	*Palencia*........	Santos.
Barcelona......	Piferrer.	*Palma*...........	Gelabert.
Bilbao...........	Garcia.	*Santander*......	Riesgo.
Cadiz............	Moraleda.	*Salamanca*.....	Oliva.
Córdoba.........	Berard.	*Sevilla*...........	Caro Cartaya.
Coruña...........	Perez.	*Santiago*........	Rey Romero.
Granada........	Sanz.	*San Sebastian*..	Baroja.
Jaen...............	Orozco.	*Vitoria*...........	Ormilugue.
Jerez.............	Bueno.	*Valencia*........	Navarro.
Leon..............	Miñon.	*Valladolid*......	Hijos de Rodriguez.
Lugo..............	Pujol.	*Zaragoza*.......	Yagüe.
Málaga..........	Aguilar.		

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo 14.

Estas obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.
—— de **José de Espronceda:** un tomo, 24.
—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo 10.
Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
El libro del pueblo: un tomo, 6.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo 6.
Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.
El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion por Latorre: un folleto, 4.